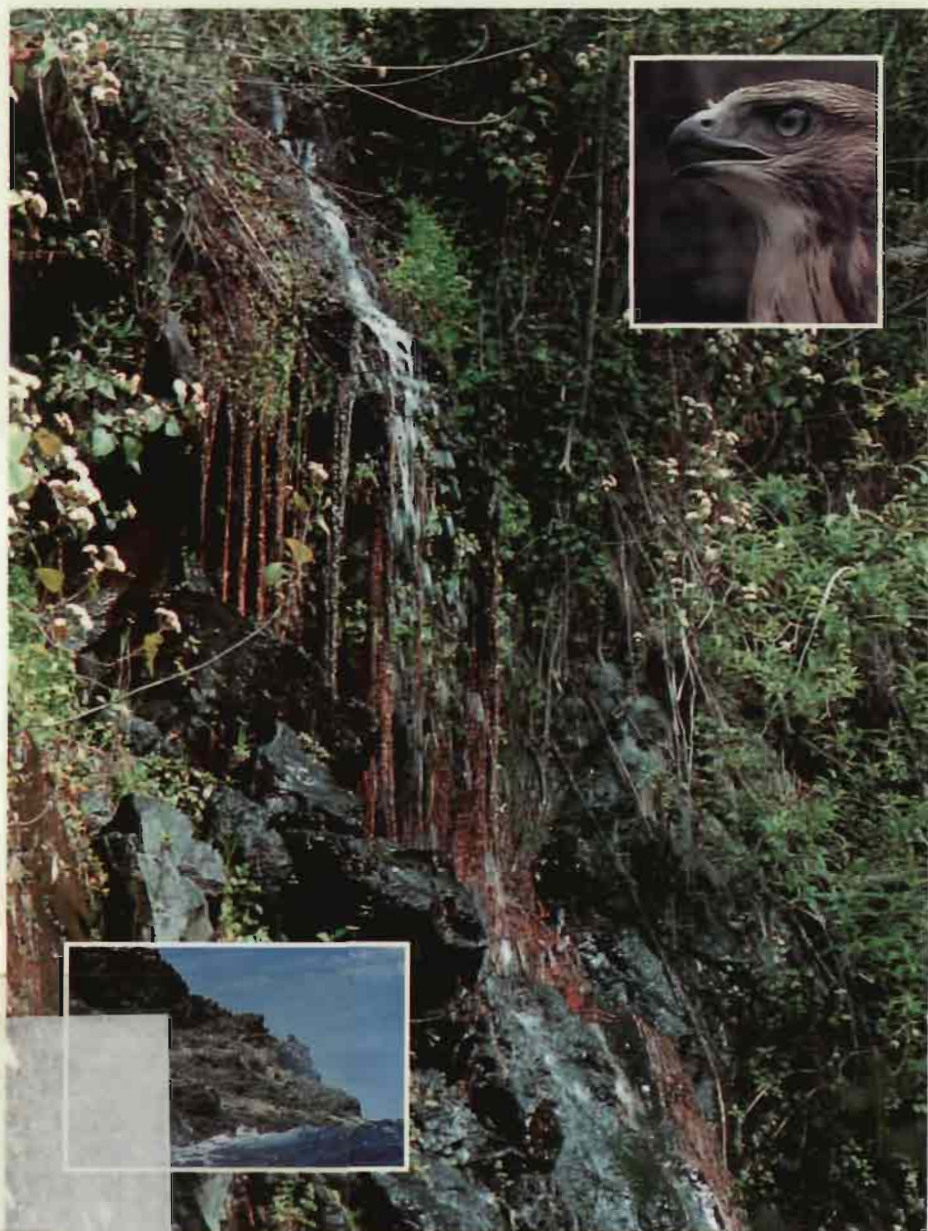


EL BOSQUE DE TARA

Andando por los Espacios Naturales de Telde



**BIG
502.4
GON
bos**

José L. González-Ruano



José L. González-Ruano (Gran Canaria, 1957). Ecologista, naturalista y escritor, es autor del libro *"Ulises y La Garita Azul"*, así como de más de un centenar de artículos sobre temas medioambientales en prensa diaria y revistas. Ha dirigido varios programas radiofónicos y es conferenciante asiduo sobre el mundo natural. Coautor del proyecto de recuperación ecológico costero *"Parque Marítimo de Jinámar"*, es también, desde hace décadas, reconocido activista del movimiento ecologista canario. En la actualidad prepara su primera novela, un libro de viajes y otro de temática insular.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento 363838

N.º Copia 363855

EL BOSQUE DE TARA

Andando por los Espacios Naturales de Telde

José L. González-Ruano



© José L. González-Ruano.

Edita: M. I. Ayuntamiento de Telde.

Depósito Legal: G. C. 1468 - 1995.

IMPRIME: Rapiprint, S.L. - La Herradura - Telde - Gran Canaria.

PORTADA: Juan Antonio Suárez.

Pedro Martín Gómez.

José L. González-Ruano.

A mis padres, la arboleda perdida.

Un libro es también un trozo de árbol muerto en nuestras manos. Cada uno de nosotros lee casi siempre en un bosque herido. Por lo tanto, el autor también cree necesario y razonable solicitar del lector consciente su participación en labores organizadas que pretendan la repoblación forestal de cualquier espacio natural, invitándole a plantar algún árbol y, sobre todo, a procurar y cuidar su primer crecimiento.

AGRADECIMIENTOS

El autor quiere agradecer la colaboración prestada para la realización de este libro, bien en lectura de corrección o cediendo alguna ilustración, a las siguientes personas: Julio Rodrigo, Pedro Martín Gómez, Juan Antonio Suárez, Ricardo Castillo, Prudencio Guzmán, Antonio González Padrón y en especial a José Manuel Espiño y Günther Kunkel por aportar expresamente sus impresiones sobre el mismo.

Agradece públicamente también el interés mostrado en la edición del presente libro por la Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias y por las Concejalías de Cultura y de Turismo del M. I. Ayuntamiento de Telde.

Finalmente, plácele al autor reconocer la extraordinaria colaboración de su hijo Ulises, compañero infatigable en la localización de los espacios y las especies naturales que aquí se describen.

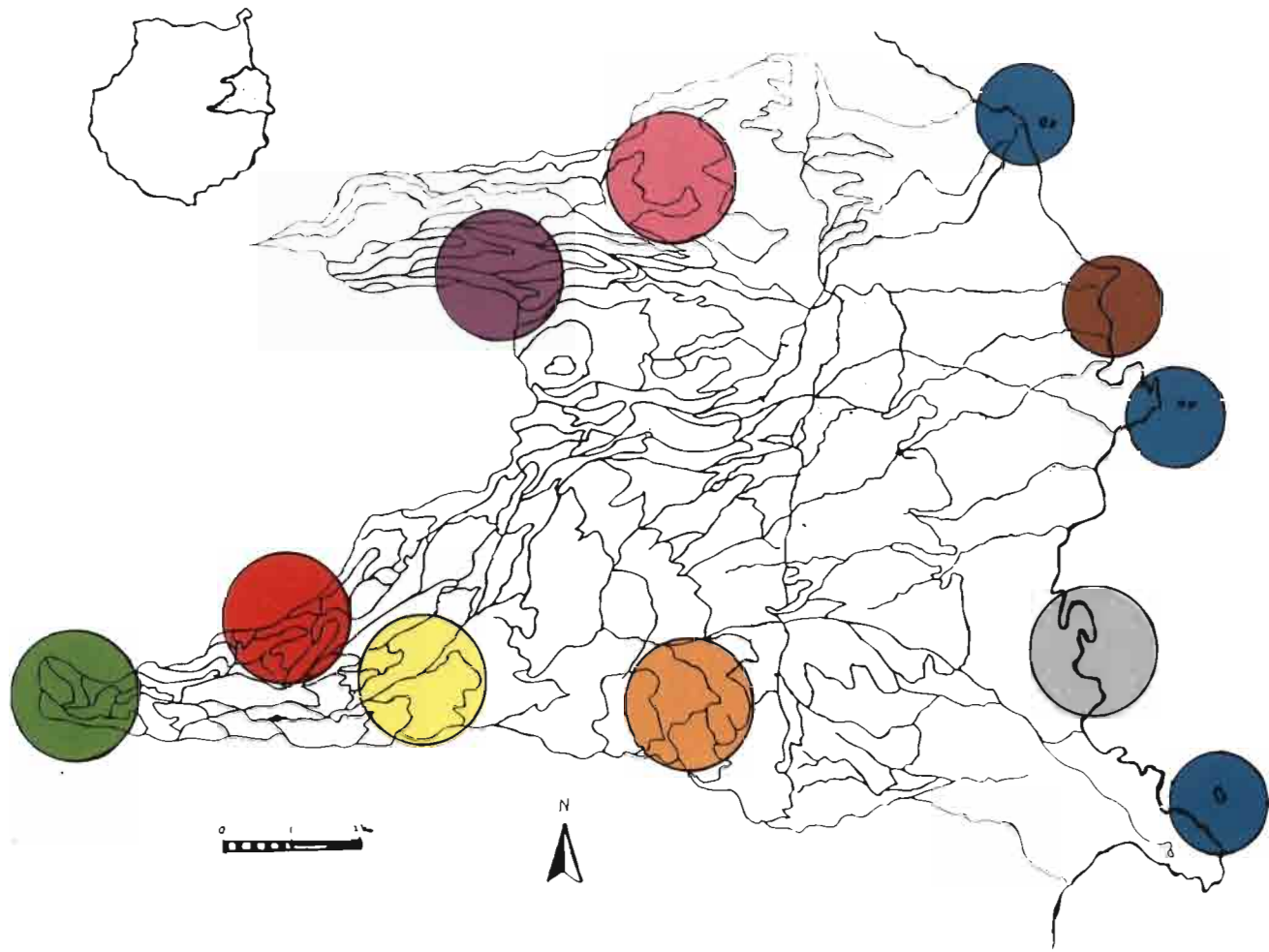
A todos, muchas gracias.

Te conocí, porque al mirar la huella
de tu pie en el sendero,
me dolió el corazón que me pisaste.

Juan Ramón Jiménez.

ESPACIOS NATURALES DE TELDE

-  LA CALDERA DE LOS MARTELES
-  LOS ALTOS DE JARCÓ Y LOS CERCADOS
-  EL BARRANCO DE LOS CERNÍCALOS
-  LOS VOLCANES DE ROSIANA Y EL GAMONAL
-  LOS VALLES DE CASARES Y SAN ROQUE
-  EL MALPAÍS Y LA SIMA DE JINÁMAR
-  LOS ARENALES DE TUFIA
-  EL BUFADERO DE LA GARITA
-  EL MAR DE LAS PUNTAS Y LOS ROQUES



ÍNDICE

PRÓLOGO	15
... SE HACE CAMINO AL ANDAR	19
TELDE, EL ESTE DEL EDÉN	23
EL BOSQUE DE TARA	25
LA CALDERA DE LOS MARTELES	27
LOS ALTOS DE JARCÓ Y LOS CERCADOS	35
EL BARRANCO DE LOS CERNÍCALOS	43
LOS VOLCANES DE ROSIANA Y EL GAMONAL	51
LOS VALLES DE CASARES Y SAN ROQUE	59
EL MALPAÍS Y LA SIMA DE JINÁMAR	67
LOS ARENALES DE TUFIA	75
EL BUFADERO DE LA GARITA	83
EL MAR DE LAS PUNTAS Y LOS ROQUES	91
EPÍLOGO NATURAL	101

PRÓLOGO

Cualquier institución con su equipo realizador es capaz de programar y ejecutar un proyecto. Contando con fondos económicos mucho se puede hacer aunque a veces se hagan cosas incontroladas y no deseadas. Ejemplos de ello no faltan en Canarias.

Sin embargo, qué refrescante, qué admirable, tanto por el objetivo como por la esperanza que mantienen, es saber que hay personas que, sin equipos y fondos institucionales, realizan también esas tareas en conciencia, con la mayor voluntad, dirigidos por sus propios deseos y sin esperar agradecimiento alguno. Quizá sabiendo incluso que pudieran ser criticados por ello.

En mi mesa de trabajo (poco ordenada, como de costumbre) tengo ahora el borrador del que será para ustedes un libro titulado **El Bosque de Tara - Andando por los Espacios Naturales de Telde** -, cuyo autor es José L. González-Ruano. Al no haber visto la introducción ni las ilustraciones cuento con unas decenas de páginas solamente, los capítulos, pero puedo decir que estos textos bien apretados expresan más que otros escritos voluminosos. Son textos que me invitan no a viajar por las nubes, sino a patear firmemente por terrenos agrestes generalmente pedregosos, resbalando ocasionalmente en senderos que casi no se distinguen, descansando a la sombra de un risco o de un árbol solitario y escuchando las voces de la Naturaleza.

Pienso y escucho las palabras sobre la impresionante caldera de Los

Marteles, los matorrales de Los Cercados, la frescura parcial de Los Cernícalos... y veo las flores de tantas plantas nativas mientras escucho el ruido del silencio. Nada tiene que inventar mi imaginación porque he gozado y a veces sufrido estos paisajes hace ya más de veinte años. También recuerdo la ciudad de Telde y sus alrededores, el litoral de la comarca, las puntas rocosas con su vegetación peculiar, como la playa de La Garita, y naturalmente la inolvidable y polémica playa de Jinámar.

Al llegar a la playa de Jinámar los recuerdos me dejan inmóvil en mi mesa con el borrador de este libro delante de mí. Descubro que el libro acerca a los espacios naturales de Telde y a sus senderos, generalmente olvidados por las Guías oficiales. Lamento entonces no haber podido contar en mis tiempos con un José Luis González-Ruano y su libro como guía de campo, porque él te invita, te habla, te explica el entorno y lo que puedes esperar, pero también te advierte que la Naturaleza es una herencia de todos para conocerla, para gozarla, para protegerla y para legarla a las generaciones del mañana que asumirán los mismos derechos y las mismas obligaciones.

Conociendo a José Luis, autor del presente pequeño gran libro, no sólo por la correspondencia que mantenemos, sino por su *batalla pública*, sus artículos en la prensa, por su lucha por conseguir que se detenga la destrucción, que se conserven los vestigios naturales, sé que no se limita a ciertas (aunque mercedas) especies en peligro de extinción, sino que incluye siempre su hábitat, el llamado ecosistema, sabiendo que sin su ambiente el individuo no puede sobrevivir.

Aunque creo que el autor ya ha sido capaz de transmitir este mensaje, quiero dejar en este libro que tengo el honor de prologar un lema: Hay que conocer lo que se quiere proteger. Esto es lo que pretende José Luis González-Ruano con su trabajo. No darnos una obra descriptiva de las especies, sino facilitarnos la descripción del ambiente de esas unidades. Siendo poeta, técnico y naturalista, teniendo entusiasmo y conocimiento tanto de la situación como de la materia (¡Qué ideal combinación!), creo que lo ha logrado. No solamente para Telde y los paisajes naturales de su municipio, sino que sirve de ejemplo para todo el Archipiélago.

Sólo me queda dirigirme al autor y decirle: Gracias, José Luis, y continúa con esa tarea que invita a la imitación. Sabes que también una solitaria

hierbamuda te felicita y agradece a tí y a tus compañeros ecologistas vuestros esfuerzos por protegerla. Aunque ya lo sabemos nosotros, que recuerden otros también que nunca antes la Naturaleza necesitó tanta protección y nunca antes hubo tanta esperanza.

Günther Kunkel.

Vélez-Rubio (Almería). Octubre, 1995.



***Lotus Kunkellii*, endemismo
exclusivo mundial en la
costa de Jinámar.**

. . . SE HACE CAMINO AL ANDAR.

Casi en los albores del siglo XXI estamos asistiendo a una etapa de abandono de todo tipo de esfuerzo físico primándose y generalizándose en cambio el uso de la técnica como solución unilateral futura. Craso error.

El vehículo le gana la partida al bastón o palo que ayudaba a nuestros abuelos en veredas y pasos difíciles. El automovilista le gana la partida al caminante o viajero pedestre. La calle, avenida, autovía o autopista devora el espacio físico que en su día fue senda, camino de tierra o camino real.

No obstante, el ser humano no ha avanzado por ello en el camino de la felicidad, del sosiego, de la relajación, de la paz y la tranquilidad, muy al contrario, en el camino motorizado ha encontrado compañeros incómodos e indeseables de viaje tales como el stress, el nerviosismo, las tensiones acumuladas, el malhumor, el ruido, la soledad del vehículo y los accidentes.

A pesar de esta tendencia fatídica a atiborrar el espacio físico de vehículos hipotecando nuestros nervios y tiempo, surge una corriente humana reivindicativa de los valores del pasado, del caminar pausado y consciente, de la recuperación del goce y la contemplación sin más, del caminar por el placer de caminar, de la búsqueda de nuevos horizontes menos contaminados, más abiertos y universales.

Se recuperan así tradiciones ancestrales que hacían de nuestros antepasados hombres y mujeres fuertes y sanos. La única novedad son los términos con que se les conoce actualmente: trekking, montañismo, senderismo . . .

Este libro que ahora tenemos en nuestras manos es un instrumento eficaz para participar en esta nueva y vieja modalidad de vida.

El Bosque de Tara es un libro que invita e incita a caminar, a adentrarnos en los espacios naturales recogidos en sus páginas, a gozarlos uno a uno. Nos anima a descubrir un mundo afectivo y vivencial, natural, espectacular, etnográfico y humano, mundo que se oculta en bellos lugares de este Telle fructuoso.

El Bosque de Tara es atemporal. Con él nos adentramos en el Telde prehispánico a través de limpias y escuetas pinceladas registradas en los más ignotos parajes de este municipio.

El Bosque de Tara es además un excelente recurso turístico que complementa la eterna búsqueda de sol y mar, de temperaturas cálidas y arenas negras o rubias, valores utópicos para nuestros turistas y que se hacen realidad en estas tierras afortunadas, con el descubrimiento y goce de valores etnográficos, paisajísticos y biológicos que salpican la geografía municipal teldense, iniciándose así una complementación del turismo con las nuevas tendencias más naturales y menos agresivas del turismo rural.

Si José Luis consigue transmitirlo con esa atractiva y peculiar manera de tratar el lenguaje, la publicación traspasará el mero significado de guía de espacios teldenses para caminar y disfrutar, sumergiéndose en el mundo literario del placer de leer, de la obra bien hecha, convirtiéndose al mismo tiempo en un texto adecuado para aproximar afectiva y emocionalmente a los adultos, jóvenes y escolares teldenses a su entorno natural, tanto en su estado salvaje y agreste donde la naturaleza se descubre en paraíso como en su estado rural y agrícola donde la conjunción del hombre con la orografía canaria se encuentra magistralmente interpretada por el autor.

Pláceme ser compañero de viaje, de aventuras y vivencias del autor por los múltiples vericuetos del *Bosque de Tara*.

De este compartir sendas y caminos, escalar riscos, observar y recorrer rasas sumergirse en el gran azul en su abrazo teldense, surge un enriquecimiento personal que rompe el esquema territorial del municipio para universalizar hábitos, actitudes y valores favorables a la mejora, conservación y defensa del medio ambiente desde un plano de implicación personal sumamente agradable y vivencial.

Gocemos ya del modo de entender, interpretar y transmitir la variopinta y sorprendente naturaleza teldense de la mano de una pluma que lleva en sí la esencia original de nuestra isla.

José Manuel Espiño Meilán.

TELDE, EL ESTE DEL EDEN

Tara, Telli, Telde, árbol de tierra.

Aquí las primeras piedras del fuego
se enredan en las heridas del cráter
como ásperas raíces que se oxidan
abiertas en la espesura del tiempo.

Telde, Telli, Tara,
ecos de la sangre
que fluye verde al este del edén
buscando las orillas del encuentro
en la paz azul de un muro distante.

Aquí las garras que rasgan el cielo
y el trino que mece la grama seca
elevan la bandera del basalto
sobre las grietas desnudas del viento.

Tara, Telli, Telde,
luz del paraíso
derramada en la cascada salvaje,
volcada al cauce feraz de un barranco
que lleva al mar la herencia del camino.

Aquí la madre del agua se vacía,
se hunde en sima de piedra encarcelada,
abriendo sombras de volcán y arena
para andar los jardines de la vida.

Telde, Telli, Tara, árbol de tierra.

José L. González-Ruano

EL BOSQUE DE TARA

Tara es aún la señal para el recuerdo. Es la memoria fresca del almagre escrita en páginas excavadas en la toba volcánica y es el peso sagrado del pasado: los betilos, las aras, las cazoletas, las pintaderas y los ídolos sin nombre. Perdura aquí el origen y la herencia neolítica de Telde, el viento aborigen que avivó los primeros fuegos.

Telli es también el latido de la tierra fértil de Tara, el fruto del árbol bíblico plantado como una cruz por las misiones evangelizadoras, el eterno alimento de los dioses. Es el impulso cambiante del hombre que abre surcos en la tierra mojada, que rueda las piedras y renueva las raíces de la Isla.

Telde es aún, en su geografía natural, el eco sostenido de un paisaje plural. Algo así como un bosque indefinido que temporalmente acaricia la poesía de la nieve efímera, los añillos del tiempo en los árboles honorables, el canto permanente de las aguas libres por el barranco, la sombra húmeda de las sendas selváticas, el ardiente silencio de los volcanes recientes, la serena soledad de las estepas del cereal, el frágil encanto de las flores silvestre, la venturosa eternidad de las arenas fósiles o la grandeza azul del basalto en el océano.

Afortunadamente queda Telde desnudo aún para el caminante. Queda un paisaje de itinerarios ancestrales que permiten descubrir el pulso vital de múltiples ecosistemas. La aventura del bosque de Tara se convierte, por lo tanto, en un simple intento de aproximación a la olvidada historia natural de un municipio, de un pueblo, comunmente conocido por su indudable importancia arqueológica, histórica y artística.

LA CALDERA DE LOS MARTELES



Resultado espectacular del vulcanismo del último de los tres grandes ciclos eruptivos que han construido el relieve insular, La Caldera de Los Marteles constituye también una atractiva puerta de entrada a la mayor formación boscosa de la Isla: el pinar de repoblación.

Aquí, próxima la cota de los mil seiscientos metros de altitud sobre el nivel del mar, Telde se vuelve frío de montaña y se funde en las estribaciones cumbres de la isla como si quisiera hacerse cielo también en el paisaje. Un paisaje que en este espacio natural pudiera arrancar ya desde lo alto del pago de Cazadores, hábitat del raro arbusto cresta de gallo (*Isoplexis isabelliana*), hasta su núcleo geológico principal: el espectacular aparato volcánico de La Caldera de Los Marteles, hacia donde se precipitan los límites geográficos de diversos municipios. No es extraño, por lo tanto, que el caminante que visite este paraje y su entorno salte sin darse cuenta de Telde a Ingenio, a San Mateo o a Valsequillo.

Geológicamente conviene recordar que el episodio eruptivo que formó La Caldera de Los Marteles se ha asociado al de la formación de un cráter explosivo situado a aproximadamente un kilómetro al noroeste y que se conoce como La Caldera Chica, lugar, por tal motivo, de necesario recorrido si se quiere



Ocasionalmente el aire polar continental trae a las cumbres cortas nevadas que, si llegan a descender hasta la cota de La Caldera, dejan ver un paisaje montano de extraordinaria belleza.

contrastar la génesis y el relieve de ambos elementos vulcanológicos. Porque La Caldera de Los Marteles, a diferencia de esta última, no se ha abierto a causa de energías explosiones. La hipótesis generalmente aceptada, aunque no sea la única, para explicar su formación es la de un edificio de piroclastos que se hunde por el vaciado de una cámara magmática localizada a poca profundidad, llegando incluso a calcularse las rocas hundidas en más de cien millones de toneladas.

Con estos ligeros conocimientos previos y la curiosidad obligada de todo naturalista, el caminante va a descubrir, por sí solo, la verdadera dimensión de este paisaje. No le será difícil entonces, mientras orienta su itinerario desde lo alto, adivinar que La Caldera cierra el curso a un barranquillo conocido por La Madre del Agua, que recogía las aguas cumbreiras para verterlas en la cuenca alta de los barrancos de Guayadeque y Los Cernícalos, cuya divisoria yace actualmente sepultada al noreste de esta depresión volcánica.

Al bordear La Caldera, andando pesadamente por el suelo de lapillis de su vertiente sur, el caminante se adentra ya en el que otrora fuese el bosque natural de Gran Canaria: el pinar. De hecho tramos de estos senderos montanos ha de hacerlos pisando un suelo de «pinochas», acículas secas de pino, porque hasta aquí, e incluso un poco más abajo, llegan los pinos endémicos (*Pinus*

canariensis), y otra especie introducida, que en su mayoría son el resultado de un ambicioso programa de repoblación forestal llevado a cabo en toda la meseta central de la isla a comienzos de la década de los cincuenta. Antes de la reforestación, éstos y los de mayor altitud eran unos terrenos abiertos al viento gélido, sólo cubiertos por arbustos y hierbas. No debe olvidar el caminante que el pinar no sólo juega un extraordinario papel ecológico en la captación de lluvias y en la fijación del suelo, sino que ha servido desde tiempos prehispánicos como importante recurso para aprovechamiento del habitante insular: uso artesanal de la tea, obtención del carbón, extracción de la pez, etc.



Endemismos como el taji-naste azul (*Echium callithyrsu*) delatan la humedad y el ambiente umbrófilo de algunos tramos del barranco de La Madre del Agua.

Otro aspecto a considerar por el caminante es que las estaciones marcan gravemente cualquier visita a este montañoso espacio natural. El cortante frío invernal, por ejemplo, puede ocasionalmente llegar a cubrir las paredes y lomas del entorno con una blanca capa de nieve, realzando temporalmente la magnitud del paisaje cumbreño. Andar abrigado por el bosque nevado, viendo las copas de los pinos salpicadas de blanco o descubriendo la huida temerosa de algún conejo dejando sus huellas en la nieve, supone para el caminante una de las más bellas posibilidades de integración en la naturaleza de este recóndito paraje.

La primavera, por su parte, ilumina cada rincón del paisaje ante los atónitos ojos del caminante. Pronto aparecen, entre las ramas, los acrobáticos movimientos del herrerillo común (*Parus caeruleus teneriffae*), a veces incluso bocarriba, cuya extrema curiosidad permite una cercana observación. Recordando que esta especie se ha diversificado en distintas islas, probablemente la que más en la avifauna canaria, el caminante naturalista descansará a la sombra de un pino y puede que se sorprenda teorizando sobre la evolución darwiniana. Luego, continuará su andadura bajo el arrullo permanente de las tórtolas (*Streptopelia turtur*), que sirve de coro al hermoso trino del canario del monte (*Serinus canaria*), emblemático fringílido de la Isla, y al gorjeo de nuestro pájaro pinto, el precioso jilguero (*Carduelis carduelis parva*). La ocasional aparición en escena del pinzón azul (*Fringilla teydea polatzeki*) completará la belleza

de este alado mosaico de colores.

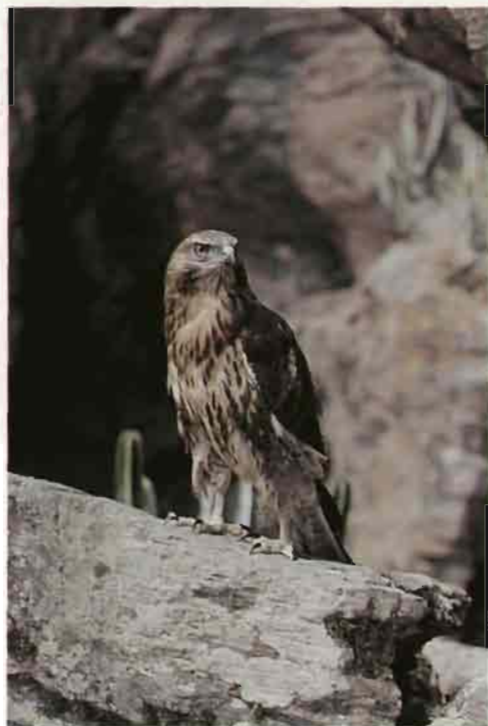
Sin embargo, el auténtico colorido de este ecosistema lo pintan dos plantas características de nuestras cumbres y que aquí tapizan el sotobosque: la retama amarilla (*Teline microphylla*) y el alhelí de monte (*Erysimum bicolor*), derramando por doquier el pálido malva de sus flores. Y es también en primavera cuando aparece en los claros del bosque, como queriendo testificar el origen lávico de este paisaje, el llamativo y grácil revoloteo de la mariposa de los volcanes (*Vanessa vulcanorum*).

El ascenso por la trasera del borde suroeste de La Caldera, en la cabecera del Barranco de Guayadeque, permitirá al caminante descubrir un conjunto de humildes cuevas campesinas abandonadas. Las sencillas habitaciones y las ruinas de un horno y una pila de agua delatan una forma de vida en el exterior, en la naturaleza, donde la casa sólo era un refugio temporal seguro. Una forma de vida similar a la de otras muchas especies del bosque.

A pesar de pertenecer a una topografía anterior a la construcción volcánica de La Caldera, al igual que los escarpes basálticos de sus paredes, el barranco de La Madre del Agua aparece desde cualquier punto de vista perfectamente integrado en el relieve de la misma. El recorrido de este pequeño barranco es una aventura ecológica recomendable si el caminante quiere completar su



La llamativa floración primaveral de la retama amarilla y el alhelí cumbreiro pintan el matorral subarborescente que crece bajo el pinar de La Caldera.



Las patas con garras arqueadas, el pico ganchudo y la mirada atenta perfilan la figura del ratonero común (*Buteo buteo insularum*), rapaz que reina sobre los riscos y laderas de todos los parajes naturales no costeros de Telde.

visita al paraje natural. Primero, desde lo alto de un morro volcánico que culmina su ladera izquierda, oteará el horizonte cercano para descubrir la presa de Cuevas Blancas, que retiene las aguas en la cabecera del barranco y posibilita así la formación de una hermosa laguna de montaña circundada por la espesura verde del pinar, donde a veces deja oír el cuervo (*Corvus corax tingitanus*) su ronco y croante reclamo. Sensaciones distintas según el momento sobrecogerán al caminante cuando el sol del mediodía refleje la arboleda en el agua o cuando al atardecer la niebla oculte la serena belleza de este embalse. Luego, siguiendo el curso del barranco, a pesar de que la explotación de las aguas subterráneas ha desecado la capa superior del suelo, descubrirá un pequeño oasis de humedad junto a una cueva escondida con un nacimiento en su interior del que mana permanentemente agua fresca. Esto permite que las rocas se cubran de líquenes y musgos y que, entre otras especies, broten aquí aislados el tajinaste azul (*Echium callithyrsum*) y algunas hidrófilas como la amarilla malfurada (*Hypericum grandifolium*).

Ante la imposibilidad de hacerlo por el lecho del barranco, debido a los grandes saltos del mismo, el caminante sorteará cuidadosamente sus paredes verticales siguiendo las canalizaciones e intentará el descenso, entre magarzas, escobones y retamas, por la pared noreste de La Caldera, cortada radialmente de arriba a abajo por un dique basáltico de marcado relieve.

Cuando, finalmente, después de más de medió día de itinerario por estos senderos de montaña, el caminante anda torpe sobre los depósitos sedimentarios del fondo de La Caldera, hoy cubiertos de esas preciosas y erróneamente llamadas «malas hierbas», y que no hace mucho tiempo fuera suelo de aprovechamiento agrícola, como lo testimonian algunos almendros asilvestrados en las laderas bajas, es cuando en realidad llega a sentir sobre sí mismo todo el peso impresionante de este paisaje. Ve entonces una lengua de retamas que se adentra levemente, como un glaciar verde, por la desembocadura del barranco, ve también los pinos colgando en descenso por las paredes y se acerca a descubrir los escalones que forma una falla o fractura concéntrica asentada en el fondo plano, que corre larga y paralela al borde sur de La Caldera. Luego, se tumba sobre la mullida hierba y dibuja en el cielo la figura elíptica de este gigante volcánico, donde se recorta, en un vuelo de remonte lento con planeo circular, aprovechando el impulso de las corrientes térmicas, una pareja de aguilillas ratoneras (*Buteo buteo insularum*), que despiden al caminante con su agudo y lastimoso reclamo, como si quisieran ser símbolos de la majestuosidad de este espacio natural.

II

LOS ALTOS DE JARCÓ Y LOS CERCADOS



El paisaje estepario de Los Cercados se extiende hasta el horizonte, solamente interrumpido por el perfil cónico de los sombreros volcánicos del campo de Rosiana y El Gamonal.

Aquí la tierra se quiebra entre piedras y se puebla de malezas. Breñas que invaden el paisaje ante el caminante que intenta el tránsito desde las cumbres centrales de Telde, desde las medianías de los volcanes recientes, hasta las altas montañas del frío y el pinar resistente.

Es éste, por lo tanto, un paraje natural que suele escapar al aprecio popular, seguramente por su ignorada presencia. Y, sin embargo, se trata de uno de los más extensos espacios abiertos de la geografía municipal, haciendo frontera imaginaria al este con el campo volcánico de Rosiana y El Gamonal, cuyos sombreros lávicos recortan sus cimas sobre la línea de sombra del horizonte, y al noroeste con la carretera que lleva de Lomo Magullo a Cazadores, precipitándose todo el paisaje abiertamente hacia el sur hasta rendirse en El Draguillo, el barranco donde quisieron colgar sus viviendas trogloditas nuestros aborígenes antepasados.

En la cabecera del barranco de Jarcó, o Jarcón, se aprietan también las



Las cuencas de los barrancos de las medianías sureñas de Telde no reciben la influencia directa del mar de nubes y sí largos periodos de insolación, lo que no impide la presencia de algunas manchas arbustivas como las del acebuchal.

cuencas de recepción de las aguas de otros barrancos, El Duraznillo y El Tendedor o Tundidor, de posible referencia a la actividad del corte de los pelos de los paños, que han derivado en la vulgar confusión de sus topónimos. Puede el caminante fácilmente imaginar la confluencia de sus cauces, la mayor parte del año secos, reviviendo la memoria hídrica de la Isla. Pensará entonces que, si una gota de agua de lluvia recogida en la cumbre se estima que tarde un cuarto de siglo en llegar al mar por flujo subterráneo, el agua que en la actualidad se envasa en La Breña, sacada del acuífero de Jarcó, probablemente haya caído hace unos diez años.

Además del profundo pozo de Jarcó, el caminante tendrá también la oportunidad de descubrir vestigios de otros nacientes que le ayudarán a comprender mejor el perfil hidrográfico de este paraje, hoy casi convertido en un sequedal recubierto de vegetación xerófita, por donde otrora, como testimonian algunos lugares, reventaban fuentes de agua fresca, como ocurría por ejemplo en

el barranquillo de Los Cercados. Incluso en las laderas del barranco del Tundidor son visibles unos enormes cortes abiertos con la intención de construir una presa.

Dicen que las piedras sudan en este ramal de barrancos perdidos al sur de Telde. Y, ciertamente, lo parece. Porque el caminante siente aquí, a la vez, la sombra del agua, que se delata, por ejemplo, en una pequeña sauceda junto a unas tierras cultivadas, y el ronco croar de las rocas bajo el peso de sus pasos. Y así puede descubrir, aislado en la senda de las euforbias, la inflorescencia del duraznillo (*Messerschmidia fruticosa*), un arbusto que incluso da nombre a uno



A escasos metros de los poblados trogloditas del barranco del Draguillo, la plataforma de Los Cercados constituye una reliquia etnográfica que revive la siega de las mieses y la tradición aborígen del *beñesmén*.

de estos barrancos, o puede bañarse imaginariamente en la tupida vegetación que cubre el lecho del cauce que baja hacia la montaña de La Santidad. Cuen-cas de retamares, tabaibales y de hierbas punteras, donde destacan el tasaigo (*Rubia fruticosa*), algún ejemplar de cornical (*Periploca laevigata*) y almendros asilvestrados; y donde también se puede admirar al espinoso cardo de yesca (*Carlina sp.*), un endemismo botánico grancanario.

El ascenso de los laderones rocosos del barranco, cuyas grietas se man-chan de orchillas, traslada al caminante a un paisaje distinto y distante. El sen-dero le hace sortear enormes piedras retenidas y cubiertas de líquenes y mus-gos, y disfrutar del vuelo dispar de tórtolas, vencejos o cernícalos, hasta encon-trar, coronando la majestuosidad de estos taludes roqueros, algunos ejempla-res del hediondo (*Bosea yervamora*), un arbusto colgante de bayas rojas, y la singular forma retorcida y achaparrada que adoptan aquí los acebuches debido al azote del viento a esta altitud.

Ya en la cima aparece un mundo aparte, un paisaje que seguramente entronca con la cultura agrícola aborígen, con el **beñesmén**, la fiesta prehispánica de la recolección del grano en el solsticio de verano, con la cercana presencia de las cuevas del barranco del Draguillo, y con la estampa relictual de «sorribas»

y «cadenas» que se descuelga desde aquí hacia el este, hasta los núcleos urbanos de Ojos de Garza y El Goro. Ante los ojos del caminante, y en dirección al sureste, se abre una amplia meseta agropecuaria barrida por un fuerte viento que agita la grama.

El caminante ha llegado entonces al llano amarillo de Los Cercados. Ante él se extiende un paraje marcado por el factor humano, probablemente presente aún en la imagen del pastor y su rebaño entre el pastizal o en la figura encorvada de un campesino segando con su hoz la avena salvaje con que alimentará a su ganado. La misma avena entre la que pululan las aves granívoras, como los pinzones, o como algún inquieto grupo de bisbitas camineros (*Anthus berthelotii*), auténticos anfitriones de este recóndito espacio natural.

Sin embargo, es éste un paisaje con alma de piedra. Piedra que perfila el círculo de una era para trillar y aventar el grano, actualmente abandonada y cubierta por las tabaibas; piedra que cierra cadenas de tierras de cereal delimitando cercados centenarios; y piedra también abriendo caminos empedrados, cañadas o centenarias sendas de tránsito. Porque aquí la piedra adquiere un valor etnográfico fundamental que no debiera escapar a la observación del caminante. Así que es recomendable, sobre todo en verano, descansar unos mi-



La piedra forma caminos o cañadas centenarias y eleva bancales en la amplia meseta de Los Cercados, resaltando el esfuerzo del hombre insular (pastor o campesino).



El lagarto de Gran Canaria (*Gallotia simonyi stehlini*), que alcanza grandes tamaños en Jarcó y el Tundidor, sólo muestra el pecho anaranjado en su fase adulta.

nutos sentado sobre alguna de estas rocas y recrearse en toda esta geometría lítica diseñada sobre un lienzo amarillo de gramíneas agostadas, y sentir, al mismo tiempo, la fuerza del viento sobre la planicie mientras alguna aguililla aprovecha el calor estival para elevarse y recortarse en círculo sobre el cielo azul, o mientras una bandada de codornices revuelve los pastizales.

Sin duda es el verano la estación que marca en mayor grado el pulso vital de este paraje, porque es en esta época cuando el caminante tiene la oportunidad de descubrir interesantes manifestaciones xerófilas de la vegetación, la adaptación ecológica de las especies a un medio extremadamente seco. A medida que recorre las sendas de estas vertientes pedregosas, donde la variada fauna entomológica despierta el áspero reclamo de los alcaudones, irán apareciendo múltiples manifestaciones de la flora en su intento de acomodarse a la aridez. Castigadas además por la acción desecante del viento verá cómo se reducen considerablemente las rosetas de la hierba puntera, enrojeciendo y apretando sus hojas, o cómo, por otra parte, los veroles pierden las hojas y muestran un porte esquelético que delata su sed. Quizá también comprenda entonces que nada en la Naturaleza es azar.

Finalmente, antes de que acabe su itinerario entre tajinastes, tabaibas, incienso y vinagreras, junto a retamas y acebuches, por pistas bordeadas de

pinos plantados, próximo al pago de Cazadores y al Llano de Las Perdices, que hablan de la importancia cinegética del lugar, el caminante tiene la oportunidad de apreciar en toda su dimensión la interesante ecología del lagarto canario (*Gallotia simonyi stehlini*), abundante en el paraje, bien solazándose inmóvil sobre alguna roca, recargando energía, o deslizándose apresurado raspando las secas plantas en las que pretende ocultarse. No es difícil observar aquí impresionantes ejemplares adultos de garganta naranja de casi medio metro de longitud. Saurios de aspecto terrible y comportamiento medroso que a esa edad ya se han vuelto eminentemente vegetarianos.

Tras una agotadora jornada conociendo la ruta de las breñas ignoradas y de los cercados de piedra, el caminante habrá recuperado, sin duda, una parte importante de la memoria natural y etnográfica de Telde, representada aquí por el austero esplendor de un paisaje de transición.

III

EL BARRANCO DE LOS CERNÍCALOS



Profundos tajos en la orografía del barranco diseñan hermosas cascadas que abren hueco también en el descenso en galería de la sauceda.

La pluralidad paisajística de Telde dibuja ahora ante el caminante el esplendor de la foresta. Porque éste es ciertamente el último bosque húmedo y umbrío del municipio. Un espacio natural, de unas dos hectáreas, que salva en su espectacular descenso encajonado más de mil metros de altitud.

El barranco de Los Cernícalos, también denominado de Castillo en refe-



El agua cantarina es el corazón del paisaje siempre verde del barranco de los Cernícalos.

metros de altura. El agua, que ha ido erosionando lenta y persistente las antiguas formaciones basálticas hasta llegar a crear, como ocurre en su tramo medio, impresionantes tajos verticales y desfiladeros.

Además de ser éste uno de los pocos barrancos de la Isla con arroyo permanente en su cauce superficial, pronto adivinará el caminante que existe también lo que podríamos llamar el río oculto de Los Cernícalos: aguas subterráneas fluyendo aún por el lecho antiguo del barranco, cubierto ahora por un espeso manto de basalto. Aguas que han aprovechado las grietas o la porosidad de las rocas para penetrar en el subsuelo hasta llegar a estancarse en lo que conocemos como niveles freáticos, que variarán según las precipitaciones atmosféricas.

Tiene aquí también el caminante curioso la oportunidad de descubrir la

rencia a la familia propietaria de una parte de estos terrenos, tiene su cuenca de recepción de aguas pluviales en las estribaciones de La Caldera de Los Marteles, concretamente en el entorno de Morro Garañón a más de un kilómetro y medio sobre el nivel del mar. Desde aquí, acaso envuelto inicialmente en la niebla matinal, el caminante podrá seguir el sendero ecológico de su cauce hasta el pago de Los Arenales, antes de que rinda tributo, en la zona de Tecén, al Barranco de San Miguel, que viene de Valsequillo, para confluir finalmente toda esta red hidrográfica en el Barranco Real de Telde.

Sin duda éste es un barranco diseñado en toda su magnitud por el agua. El agua limpia de las cumbres que corre presurosa y permanentemente por su cauce superficial, salvando bruscos desniveles, formando espectaculares y bellas cascadas que incluso llegan a alcanzar los diez



El bicácaro o la bicacarera (*Canarina canariensis*) es una planta herbácea perenne de tallos anuales carnosos y colgantes, propia del ecosistema de la Laurisilva, que también alegra este barranco con su roja inflorescencia campaniforme.

importancia etnográfica del agua en la vida de la Isla. Por ejemplo, en el tramo medio del barranco se manifiesta toda una actividad destinada a la perforación de los acuíferos, bien por medio de galerías, que vaciadas por vagonetas sobre raíles intentan llegar a las capas freáticas, o por pozos de extracción vertical. El caminante debe recordar que las aguas de este barranco han sido secularmente fuente nutricia de las del Heredamiento del Valle de los Nueve, sirviendo también como fuerza motriz de los viejos molinos de Los Martínez, Los Lozano y La Molinica.

El descenso, a partir del pequeño caserío de Cuevas Blancas, permite inicialmente al caminante impregnarse de la espectacularidad geomorfológica de este barranco. Pronto se sorprende, por ejemplo, con un oculto tubo volcánico, una cavidad sub-basáltica con un recorrido cónico hacia el interior de aproximadamente unos sesenta metros. Su gran boca, de unos seis metros de alto por diez de ancho, adornada por las fuertes lluvias con un pequeño salto de agua en su margen izquierdo, es la entrada a un mundo húmedo y oscuro. Ya en el interior aparecen grandes piedras caídas, cubiertas de líquenes incrustantes que semejan un rocío de polvo verde, excrementos y egagrópilas que delatan los posaderos de las aves que pasan aquí la noche, y todo un entramado de pequeñas telas de araña en las paredes que hablan de la importancia de la fauna invertebrada de este pequeño reino de las tinieblas.

Se suceden cuevas menores, como las reutilizadas de Cubas, o como un conjunto en la ladera de solana que fueron usadas como vivienda y como lugar de enterramiento por los antiguos canarios, pitones fonolíticos, diques radiales o escarpados interfluvios, y el proceso incesante de erosión del agua en la roca, para ir devolviendo al caminante, paso a paso, la memoria geológica de la Isla. Es destacable un sendero alto, pegado a un gran paredón vertical, que abandona el barranco en su tramo medio para dirigirse hacia la hermosa sierra de Valsequillo, que se funde por este lado con Telde en el centro del curso de Los Cernícalos.

Con todo, la explosión vital más espectacular del agua en este barranco se manifiesta en su vegetación. Una vegetación que cubre este espacio natural con diversos tonos de verde, dotándolo de ecosistemas interrelacionados de gran interés ecológico. Los distintos pisos de vegetación se distinguen fácilmente a medida que el caminante varía su altitud en el barranco, pudiendo ir desde los pinos, escobones y retamas de las vaguadas y cresterías cumbreiras hasta los cardones, tabaibas, salvias, balos y verodes del entorno de Los Arenales, donde el agua ya discurre canalizada artificialmente, apareciendo entonces los cañaverales y las ñameras. También pudiera considerarse este barranco como la frontera sur de la laurisilva en la Isla, por algunas manifestaciones relictuales en el mismo y por la cercana presencia de la vega de Los Mocanes, en Valsequillo, ya destacada topográficamente por Sabin Berthelot el siglo pasado y que hace referencia a un pequeño árbol de frutos comestibles (yoyas), el mocán (*Visnea mocanera*), propio de los riscos de ese bosque subtropical.

Por ello es por lo que afirmamos que Los Cernícalos además de un barranco es un bosque. Quizá sería más correcto decir que se trata de varios bosquetes en un mismo espacio, porque, por ejemplo, corriendo paralelo al arroyo, cubriendo la mitad superior del tramo del barranco, el caminante tiene la ocasión de adentrarse en la verde espesura del que probablemente sea el bosque de galería más extenso del archipiélago: la saucedada de Los Cernícalos.



La asociación retamar - acebuchal en las laderas y la saucedada en el cauce hacen del barranco de Los Cernícalos un bosque plural y exuberante.

Aquí el sauce o sao canario (*Salix canariense*), con ejemplares que en ocasiones llegan a alcanzar los veinte metros de altura, oculta las aguas del barranco creando un microclima de humedad y sombra que permite el asentamiento de otras especies como la yedra trepadora (*Hedera canariensis*), el culantrillo, los berros o la rara y endémica taracontilla (*Dracunculus canariensis*), apareciendo también, sobre la cota de los mil metros, curiosos ejemplares de yerbahuerto que llegan a sobrepasar el metro de altura. Otras veces el agua represada se cubre con el verde claro de las lentejas acuáticas y, a cada paso, el caminante aprende, en un suelo de hojarasca putrefacta y madera reblandecida por la humedad, donde en ocasiones puede hundir completamente su pie, o en las ramillas péndulas que brotan sucesivas en el tronco del sao, la historia interminable de la descomposición y la creación de la materia.



Las galerías subterráneas son un testimonio etnográfico de la tradicional captación de los recursos hídricos del barranco por parte del campesino isleño.

Todo el entorno del agua es vida. Vida que se manifiesta en toda su belleza en la variedad florística del barranco. Así irá descubriendo el caminante multiformes bejeques (*Aeonium spp.*), matos de risco, fragantes salvias (*Salvia canariensis*), cardos amarillos (*Carlina salicifolia*), perennes senecios, venenillos (*Bryonia verrucosa*), solitarias y estrelladas malvas de risco (*Lavatera acerifolia*), húmedas cruzadillas y malfuradas (*Hypericum spp.*), altivas cerrajas (*Sonchus spp.*), los densos racimos de la nevadilla (*Paronychia canariensis*), la elegancia botánica del tajinaste azul (*Echium callithyrsus*) coronando el gran tajo del agua saltarina, o esa hermosa flor de campana roja que cuelga de la bicacarera (*Canarina canariensis*), la que pudiera y debiera ser nuestra flor nacional. Quizá la belleza infinita de este jardín natural pudiera sorprender también al caminante con dos de sus más preciados tesoros: el arbusto caducifolio oro de risco (*Anagyris latifolia*) y el acuático botón de oro (*Ranunculus trichophyllus*).

Por otra parte, por las laderas del barranco se extiende otro de los tupidos bosquetes de Los Cernícalos: la asociación entre el acebuche y la retama blanca. Los fuertes acebuches (*Olea europaea cerasiformis*) de útil madera y follaje permanentemente verde y la retama (*Retama monosperma*), dama blanca del

bosque en invierno, impregnando el tramo bajo del barranco con su agradable y melosa fragancia que tanto gusta a las abejas. Destaca también en este bosque la aparición ocasional del verde brillante de las hojas del orobal (*Withania aristata*) que, una vez secas, utilizaban nuestros aborígenes antepasados para cicatrizar sus heridas.

Seguramente necesitará varios días el caminante si quiere abarcar la magnitud de este paraje selvático, porque, aunque el embrujo del agua inunde todos sus sentidos, también quedará seducido por la diversidad biológica del barranco. Un barranco de lagartos y ratones campestres, donde se pueden ver también las dos únicas especies de anfibios de las islas, la rana común (*Rana perezii*) y la rana verde (*Hyla meridionalis*). Un barranco poblado por curiosos coleópteros, dípteros y arácnidos, donde, por ejemplo, caza al vuelo la endémica mosca singue (*Promachus latitarsatus*), donde se reproduce el mayor de nuestros caballitos del diablo (*Anax imperator*), o donde se puede ver pegado a las ramas de los sauces el bulto sedoso que forman las larvas de la cenicienta polilla arañuelo (*Hyponomeuta giga*). Un barranco extraordinariamente animado por donde, además de aguilillas y cernícalos, almas aladas de los desfiladeros, aparece el grácil e inquieto revoloteo buscando invertebrados de nuestro sílvico más común, el mosquitero (*Phylloscopus collybita canariensis*), igualmente llamado hornero por el singular método de construcción de sus nidos en forma de horno, escuchándose también el trino de herrerillos, pintos, capirotos, alpispas o petirrojos (*Erithacus rubecula*). Un trino que a veces es arrullo diurno de las tórtolas que regresan de su invernada en el continente africano, y otras lamento nocturno de las pardelas que, abandonando el océano, se adentran hasta estos acantilados de las medianías de la Isla.

Tras una jornada de fantásticos encuentros con el agua y las hermosas manifestaciones de la vida, el caminante acabará su periplo por el barranco reconociendo que es éste, sin duda, un espacio natural para interpretar la naturaleza con los cinco sentidos y, sobre todo, para procurar conservarlo como referente emblemático del patrimonio ecológico de Telde y de la Isla.

IV

LOS VOLCANES DE ROSIANA Y EL GAMONAL



La colada lávica del volcán de La Santidad, que aquí muestra aún su cono intacto, arrastró enormes bloques a bastantes metros de distancia. Anclados en el paisaje hoy dan nombre al Lomo de Las Piedras.

Pronto descubre aquí el caminante la formación reciente del relieve de Telde. Un paisaje compacto de volcanes más o menos alineados en dirección al mar, un campo de escorias y de cenizas que se extiende derramado sobre otro sustrato basáltico anterior detectable al sur, en los escarpes espectaculares del Barranco del Draguillo. Es éste, por lo tanto, un lugar ideal para descubrir la última página escrita por el fuego en la aventura geológica de la isla.

El núcleo de este espacio natural lo constituye el conjunto de volcanes que bordean la cabecera del Barranco de Silva y el antiguo caserío de Rosiana, es decir, las montañas de La Santidad, la propia de Rosiana, La Caldereta, Las Triguierillas, Las Meloneras, Juan Tello, Aguilar, Tío Pino, El Gallego e incluso la más alejada y arqueológica montaña bermeja de Las Cuatro Puertas, santuario troglodita aborigen de obligada visita, donde crece el cardoncillo (*Ceropegia fusca*), anidan la paloma bravía (*Columba livia canariensis*) y los cernícalos en los escarpes de piroclastos estratificados y donde se oculta el perenquén (*Tarentola delalandii boetgerio*) por el tabaibal del suelo pedregoso. No obstante, el caminante puede adivinar también una prolongación del paraje hasta el



Los centenarios dragos del Cortijo imponen un alto en el camino para contemplar su estampa ramificada y recordar a su sombra páginas legendarias de nuestra historia natural.

mar, en la península de Gando, y hacia el noroeste, en el entorno de Lomo Magullo, con la montaña de Los Barros.

Cuando el caminante se adentra en este espacio natural lo primero que descubre es un paisaje marcado por un horizonte de lomas, cráteres y derrames lávicos. Puede que se le ocurra entonces seguir intuitivamente el curso breve de la colada del volcán de Las Meloneras o del Melosal, topónimo que hace referencia a la abundancia de una leguminosa a la que los campesinos llaman melosa (*Ononis angustissima*), que se desvía casi canalizado hasta volcarse dentro del Barranco de Silva, o simplemente andar entre malpaíses y terrenos baldíos cubiertos por comunidades de euforbias. Pero, a la vez, podrá también ir descubriendo estampas aisladas de serena belleza, como, por ejemplo, un campo de hinojos en la falda de la montaña de Las Triguerrillas.

Sin embargo, una montaña se erige como emblema de este paisaje de cumbres de medianías. Se trata del Volcán de La Santidad, de setecientos metros de altura, cuya morfología original ha sido trasformada por extracciones incontroladas de picón. A pesar de todo, esta estructura volcánica desmoronada aparece aún ante el caminante con todo el esplendor del paisaje de la lava.

Pronto se aprecia el fragor explosivo que produjo toda una lluvia de piroclastos, bien en los depósitos hacia el sur de campos de lapilli o picón, ligeramente alejados por el viento, o en la aparición ocasional de algunas bombas volcánicas multiformes en las proximidades de la boca eruptiva. Pero, sin duda, en la actualidad lo más interesante de este volcán cuaternario de cráter en herradura es poder observar aún la imponente en el paisaje de su amplio derrame lávico, de marcado rojizo por la oxidación atmosférica, donde sobresalen espectacularmente enormes bloques erráticos, monolitos ciclópeos que fueron alejados de la montaña por la colada, y que hacen que el paraje sea conocido también como el Lomo de las Piedras.



Esta casa redonda con techo en cúpula construida con piedras junto al volcán del Melosal el siglo pasado constituye uno de los últimos vestigios de la actividad pastoril en el paraje, y también un posadero socorrido para la avifauna local.

No tarda en apreciar el caminante el resultado de la mano del hombre en este paisaje volcánico. Ve, por ejemplo, en las cercanías del caserío de Rosiana, la superficie lávica cubierta por tierras de labor, con parcelas delimitadas por piedras mayores, involuntariamente colaborando en el diseño de toda la loma. Ve oquedades abiertas artificialmente en los grandes bloques anclados en un horizonte de cresterías sinuosas, y comienza así a reconocer en el paisaje una actividad pastoril centenaria de extraordinario valor etnográfico, que, por ejemplo, se manifiesta de manera singular en un goro techado en cúpula, piedra sobre piedra y sin argamasa, que aún permanece enhiesto sobre el campo de gramíneas.

Dice el refranero canario que cuando el guirre vuela, pare la cabra o hay reses muertas. Y muchas han sido las reses nacidas y muertas en estas tierras de las medianías de Telde. Aún hoy el caminante tiene la ocasión de encontrarse con algún pastor que conduce su rebaño por las cañadas del malpais, reviviendo los duros episodios de la trashumancia interior de la isla. Pero, desgraciadamente, ya no puede verse, como se hiciera décadas atrás, a la gran rapaz blanca y negra, al alimoche, a nuestro guirre carroñero (*Neophron percnopterus*), bien dibujando su silueta mientras remontaba el vuelo sobre las lomas o bien

apostado junto a las cuevas aborígenes del Morro de Calasio, como tantas otras en esta zona, reutilizadas para recoger al ganado.

El caminante curioso descubrirá que el pastoreo está íntegramente relacionado con este espacio natural incluso en su toponimia menor: La Majada, la Montaña del Ovejero o, hacia el sureste, los barranquillos casi paralelos del Cabral y La Esquila. También el saber popular ha querido dejar su testimonio de admiración por nuestro buitre desaparecido, y así ha deformado el que originalmente fuera Lomo de Aguirre para convertirlo en el más natural Lomo del Guirre. Quizá sea éste un buen lugar para intentar reintroducir a esta rapaz emblemática, prácticamente extinguida en Gran Canaria, potenciando así los interesantes valores ecológicos de todo el parque vulcanológico.

Otras rapaces como el ratonero y el cernícalo, y hábiles predadores como los alcaudones, continúan sobrevolando estas tierras tiempo atrás de fuego y pan. Así, si el caminante avezado asciende una pequeña montaña casi adosada a la de Tío Pino, notorio vértice geodésico, llamada de Aguilar o Aguiar, marcada en su falda por unos mojones de grandes piedras entre los que florece brevemente en invierno el lirio de risco, también conocido como las lágrimas de virgen (*Pancratium canariense*), casi siempre descubrirá en su cima alguna aguililla desprevénida. No en vano, también la toponimia de este volcán se ha deforma-



La era para la trilla, el drago y el volcán trazan el perfil natural y etnográfico de este espacio natural al sur de Telde.



La búsqueda de la fugaz y perfumada floración de las lágrimas de virgen (*Pancratium canariense*) es otro de los aliados botánicos de este campo de volcanes.

do intencionadamente hasta convertirse en la Montaña del Aguila.

Por otra parte, éste es un espacio de importancia cinegética. Fácil es, por lo tanto, que sorprenda al caminante la carrera temerosa de algún conejo o, en verano, el agitado y corto vuelo rasante de la codorniz (*Coturnix coturnix*) sobre los agostados pastizales. Otras veces, podrá también escuchar entre los pedregales el cacareo de la perdiz común (*Alectoris rufa*), si los cazadores no han acabado antes con ella.

Ya se ha dicho que estos terrenos casi baldíos fueron otrora tierras de cultivo. Queda aún el testimonio natural, por ejemplo, del pájaro triguero (*Emberiza calandra*)

en los campos abiertos, queda el testimonio etnográfico de una era permanente para la trilla conservada en el llamado Cortijo de Perdomo o del Gamonal, que toma su nombre de la abundancia en la zona de gamones, cuyo tallo seco se utiliza en la pirotecnia para hacer los rabos de los «voladores», y queda también el testimonio topográfico de la montaña de Las Triguerrillas. La memoria de la labor en estas antiguas tierras de cereales se prolonga en el paisaje hacia el sur, hasta descolgarse por pequeñas barranqueras de hermosas tabaibas, cardones, a veces en nupcias con el cornical, y algún verol (*Kleinia neriifolia*), que rinden tributo al barranco del Draguillo, de profundos y espectaculares escarpes en este tramo y de gran interés arqueológico en todo su curso.

Después de varias horas andando por estos senderos de lava, siguiendo las huellas olvidadas en las antiguas vías pecuarias de las medianías, el caminante, satisfecho y cansado, buscará alguna sombra perdida en este páramo de fuego. Sin duda, buscará la presencia centenaria y el porte señero de los tres hermosos dragos (*Dracaena draco*) del Cortijo que, alegres por la melodía de los mirlos, irradian la fuerza de su naturaleza mitológica, o, junto a los almen-dros asilvestrados en la cabecera del barranco de Silva, buscará cobijo bajo un pequeño bosque de acebuches que intenta realzar la majestuosidad perdida del volcán de La Santidad. Acaso entonces deseará también, como el poeta de la Isla, que la lava de sus hombros cuente a los siglos sus efemérides.

V

LOS VALLES DE CASARES Y SAN ROQUE



El palmeral es un elemento decorativo de los fondos de barrancos canarios que a veces también delimita cauces subterráneos. En los barrancos de San Roque y Jinámar se encuentran probablemente los más hermosos bosquetes de este endemismo en la comarca.

Aún hoy la comarca del noroeste del municipio de Telde, que se adentra en cuña entre Valsequillo y Santa Brígida, conserva la feracidad de unas tierras que, ya en el siglo XVI, hicieran exclamar a Leonardo Torriani que en esta rica campiña se gozaban el antiguo ocio y los placeres de la agricultura. Perduran todavía aquí testimonios de un paisaje cultivado que tuviera su origen en las datas de tierras y heredamientos de agua realizadas por Pedro de Vera después de la conquista de la Isla. Un paisaje que viene a recoger las esencias de otros típicos rincones rurales diseminados por el municipio.



La conjunción de la actividad agraria con restos de bosques de influencia termófila dotan a este espacio natural de un atractivo singular , donde la mano del hombre no se muestra agresiva con el paisaje, sino que lo complementa.

El núcleo de este amplio espacio agronatural, que se propone al caminante para su visita, lo forma un triángulo cuyos vértices serían el palmeral de San Roque, junto a un cerro coronado por una ermita del siglo XVIII, el pago de La Somadilla, en el Valle de Casares, y la Era del Charco, a unos ochocientos metros de altitud, que, al igual que el palmeral de San Roque, estarían dentro de los límites del municipio de Valsequillo, pero que, en cualquier caso, comparten la unidad geográfica y ecológica de los valles. Además, conviene recordar aquí que, hasta 1.802, Telde y Valsequillo constituían un solo municipio.

Sin embargo, una vez se dejan atrás los emblemáticos Siete Puentes, que junto al palmeral del Barranco Real y al altozano de San Francisco, dibujan la portada histórica de la ciudad de Telde, el caminante tiene la oportunidad de ir cosechando retazos aislados de todo este bucólico entorno agropecuario. Obligadas serán, por lo tanto, las paradas para contemplar los fértiles y famosos naranjales de La Higuera Canaria o el desvío para descubrir el paisaje vitivinícola de García Ruiz.

Antes de adentrarse en el Valle de Casares, el caminante visitará el entorno de la ermita de San Roque para deleitarse con la frondosa altivez de un

centenar de palmeras (*Phoenix canariensis*) que cubren este tramo del barranco del mismo nombre, biotopo singular para un buen número de aves, y para descubrir las manifestaciones de la cultura tradicional del agua en la comarca. Aquí se encuentra una histórica fuente de agua agria, de aguas ferruginosas disueltas por ácido carbónico, hoy en explotación comercial, de cuya utilidad medicinal ya hablara el propio Viera y Clavijo en 1787.

El caminante que visita estos parajes debe conocer también que entre las cumbres de Valsequillo y Montaña de las Arenas, en San Mateo, se originaban gran número de nacientes, manantiales y arroyos, y que el caudal de estas aguas iba formando heredamientos en su curso, siendo el llamado de Cáceres o Casares uno de ellos. Por lo tanto, no será difícil percibir los improbables esfuerzos en trabajos hidráulicos que, desde hace más de cuatrocientos años, se han venido realizando, aquí igual que en otras zonas de las medianías, para la conducción del agua desde sus orígenes hasta las tierras adquiridas. Pozos, galerías, tubos y antiguas acequias o acueductos excavados en las laderas, tanto para la captación como para la canalización de estas aguas, se encuentran por todo el valle constituyendo una interesante manifestación etnográfica que debería atraer la curiosidad del caminante.



El ascenso por senderos hasta los roquedos altos que separan los cauces de los barrancos permite ver un cuadro de quedades de interés geológico y faunístico.



El fértil valle de Casares, a vista de pájaro, derrama las esencias de este espacio agronatural.

Será a medida que se interne en el estrecho valle de Casares, principalmente en el tramo que une los pagos de La Somadilla y El Hoyo, cuando las plantaciones en el fondo del barranco y en terrazas abancaladas (cadenas), producto de un arduo trabajo de «sorriba», aparecerán magistralmente integradas en el espacio natural. El cercano paisaje hortofrutícola va dejando paso a un frondoso acebuchal hermosamente salpicado de palmeras en la zona más baja. El espacio se va llenando del trino de las aves que vuelan desde los frutales hasta los arbustos asilvestrados, ya sean los mirlos (*Turdus merula*), bisbitas y lavanderas (la alpispa junto a la acequia), o la curruca cabecinegra (*Sylvia melanocephala*).

Cuando el caminante alza la vista buscando cotas de altura descubre unos interfluvios de sustrato basáltico sobre los que se depositan mantos de aglomerado, dibujando lomos y montañones, que separan estos fértiles valles. Ve también cómo esta diferencia de materiales ha posibilitado una fácil erosión en algunas zonas, dejando al descubierto majestuosos paredones verticales de piedra agujereada que sirven de refugio a diversas especies de rapaces. Al mismo tiempo, por aquí y por allá, asoman cuevas reutilizadas como pajeros o rediles para el ganado, en un intento de perpetuar la herencia aborigen.

Ascender estas impresionantes paredes, algo que el caminante puede

hacer respetando el trazado ancestral de un sendero que parte junto al pozo del Hoyo, sorteando inicialmente algunos bancales abandonados donde aparecen tederas (*Psoralea bituminosa*) de uso forrajero y hierbas de risco (*Lavandula minutolii*), supone la posibilidad de descubrir la última manifestación natural del agua en la comarca: los «caideros», el agua de lluvia sorregando la piedra viva con saltos espectaculares; el agua derramada por las nubes de un alisio cortado por la cresta de este dique de basalto; y el agua, en fin, rezumando por los paredones, goteando y deslizándose sobre un tapiz de musgos y sobre manchones de helechos de enroscados rizomas que tratan de retener la tierra rica en materia orgánica.

Percibe así el caminante la salubridad ambiental de este paraje, ya que el carácter nitrófilo de estos sustratos y su exposición a la humedad permiten el crecimiento de diversas especies de líquenes coloreando las rocas, como las colgantes orchillas (*Rocella* sp.) con las que antaño se teñían tejidos, algo imposible si existiera la mínima contaminación atmosférica, ya que los líquenes no podrían excretar el exceso de sustancias que hubieran absorbido, acumulándose fatalmente éstas en su cuerpo o talo.

La visita en primavera permitirá observar la floración amarilla de la retama (*Teline microphylla*), que baja hasta estas cotas, o de la cañaheja (*Ferula linkii*), a medida que se asciende, mientras van apareciendo hierbas y plantas rupícolas, como el «pan y quesillo» (*Lobularia intermedia*), diversos pasteles de riscos (*Aeonium* spp.), la cruzadilla (*Hypericum reflexum*) o el balillo (*Atalanthus* sp.), todas ellas intentando retener la humedad ambiental. De cuando en cuando, una pequeña bandada de tórtolas surge alborotada entre los arbustos.

Ya en la cota de los ochocientos metros, los valles se abren ante el caminante en todo su esplendor. Aquí, desde lo más alto, se consigue al fin la visión tridimensional del paisaje, la misma que deben tener las aguilillas que lo sobrevuelan al mediodía. Se observa claramente el contraste

La flor del arbusto malva de risco (*Lavatera acerifolia*) muestra sus hermosos pétalos formando estrella.



de esta ladera húmeda que encara los alisios con la pobre vegetación de sustitución, pitas, tuneras, tabaibas o la colonizadora vinagrera (*Rumex lunaria*), que cubre el terreno árido de la ladera de solana y que sirve de territorio de caza al alcaudón real (*Lanius excubitor*), que puede verse posado erguido o incluso devorando algún insecto o lagartillo que ha ensartado en alguna rama espinosa.

El caminante aprecia en la altura la cercanía de los enormes bloques de los paredones, llenos de cuevas y grietas, donde habitan palomas, cernícalos y el aguililla ratonera. Incluso al borde del talud la erosión ha llegado a formar un pequeño puente de piedra. Conviene recordar aquí, que también habita y nidifica en el valle el buho chico (*Asio otus*), rapaz de hábitos nocturnos que los campesinos llaman «lechuso».

Finalmente, abandonada en la cima, como una reliquia etnográfica que intentara magnificar la presencia integrada del hombre en este paraje natural, el caminante descubre la Era del Charco. Una era labrada en la roca, casi cubierta en la actualidad por matas de incienso (*Artemisia sp.*), cercana a unas cuevas abiertas para guardar las bestias de carga y labranza y a una humilde vivienda semiderruida. No muy lejos, unos eucaliptos introducidos y visibles desde el valle se inclinan ante el empuje del viento de las alturas, frecuentemente cargado con agua de lluvia. Por el suelo, en primavera, deambulan legiones de voraces escarabajos carralejas (*Meloe tucius*) buscando su alimento en los tajinastes y las cerrajas.

Quizá, después de echar una mañana o una tarde, o todo un día, visitando este espacio agronatural, el testimonio final de esta aventura del hombre metiendo sus manos en la tierra para conseguir sus frutos, del campesino isleño cómplice de una naturaleza privilegiada, acierte a advertirlo el caminante en la presencia de una higuera solitaria apuntalada junto a la era, plantada en la cima como una bandera a la fertilidad de la tierra. Aunque sólo sea porque la higuera es uno de los árboles frutales más antiguos que se conocen, que ya aprovecharan nuestros aborígenes, y cuya abundancia en otro tiempo pudo originar el nombre de Telde: la Telli fructuosa, un lugar para conocer y conservar.

VI

EL MALPAÍS Y LA SIMA DE JINÁMAR



Un denso y hermoso matorral de cardones, tabaibas y veroles cubre grandes tramos de las coladas lávicas de los volcanes de Jinámar.

Desde la que seguramente sea la mayor estructura volcánica reciente construída sobre esta isla, el Pico y La Caldera de Bandama, y separado de ésta por el Barranco de Las Goteras, límite norte del municipio, se extiende, más o menos alineado hacia el sureste, un campo de volcanes de escasa altura pero de singular geomorfología, cuyas coladas lávicas colonizadas por la asociación cardonal - tabaibal esbozan los trazos fundamentales de un paisaje escoriáceo que se abre ante el caminante en atractiva dimensión.

La acumulación sucesiva de material fragmentario proyectado al aire por las bocas eruptivas de las montañas Pelada, Rajada, La Sima y La Cuesta de Las Gallinas parece ser que cubren lo que en otro tiempo fuera una importante red hidráulica, y junto a la del Gallego han ayudado a perfilar un interesante espacio natural de malpaíses cercano a las poblaciones de Jinámar y Marzagán.

El núcleo de este espacio natural lo constituye, sin duda, un triángulo volcánico formado por las montañas Rajada y de La Sima de Jinámar, situadas



La memoria histórica se reaviva cada año a comienzos de noviembre con ofrendas florales y actos culturales ante la boca siniestra de la sima de Jinámar, casi oculta por la vegetación. En 1977 se construyó un monolito al borde de la misma con un leyenda de la que posteriormente se han borrado las palabras "caídos" y "oprimidos".

una frente a la otra, y la montaña de La Cuesta de la Gallina, que no muestra cráter, más hacia el este. Desde cualquiera de estos pequeños conos de emplastes soldados el caminante puede observar la confluencia en un mismo curso del derrame lávico de cada uno de ellos. Estas coladas de malpaís se canalizan por un pequeño barranco, que por tal motivo se conoce con el nombre de Los Cascajos. Actualmente la mayor parte de estas coladas se encuentra cubierta por tierras de cultivo, principalmente frutales, y por edificaciones, pudiendo, no obstante, el caminante adivinar aún su curso.

Pudiéramos decir que la sima de Jinámar es el corazón de este espacio natural. Además de su indudable interés geomorfológico atraerá también al caminante curioso sus referencias históricas a siniestros despeñamientos en el interior de su boca, bien fuera de monjes mallorquines antes de la conquista o de republicanos durante la Guerra Civil, lo que revalida su interés cultural.

La oscuridad profunda sobrecogerá el ánimo incluso del caminante más avezado que se aproxime a la chimenea abierta de esta sima volcánica, por

donde debieron surgir chorros de agua hirviendo al final de la erupción del volcán. A pesar del impulso vital que pretende darle la vegetación rupícola, que aprovecha la humedad de las paredes visibles desde el exterior, inmediatamente se apodera del ambiente una suerte de miedo histórico a las sombras del abismo. Un abismo que el caminante no sólo presiente en su aproximación, sino que podrá incluso percibir en el eco prolongado que produce la caída de una pequeña piedra hacia el fondo de la sima.

Espeleólogos han dado a conocer la topografía interna de esta sima de volcán de más de setenta metros de profundidad, con fondo relleno de escombros, cuyas paredes, desviadas hacia el sureste casi a mitad del descenso, alcanzan en ocasiones los quince metros de diámetro en su viaje al centro de la tierra. Se ha estimado que, por sus dimensiones, bien pudiera estar entre las simas volcánicas más profundas que se conozcan.

Frente a la sima de Jinámar, al otro lado del mencionado barranquillo de Los Cascajos, el caminante divisará un pequeño cono cruzado por un corte trazado de norte a sur, con sus emplastes soldados destrozados, cuyo interior ha sido colonizado por algunos cardones y veroles. Se trata de la singular Mon-



Montaña Rajada es un pequeño cono de emplastes soldados con una fractura en el centro que lo distingue geológica y paisajísticamente del resto de los volcanes recientes de la Isla.



Formando una bella estampa vulcanológica con la boca rajada destaca el perfil intacto de Montaña Pelada.

taña Rajada, única estructura volcánica de estas características en la Isla.

Atravesando esta boca fracturada el caminante se encuentra ante el volcán que domina en su sinuosa e inalterada topografía todo este espacio natural desbordado en piroclastos: Montaña Pelada. El descubrimiento de una ladera de este volcán colonizada ampliamente por amarillas hierbas punteras (*Aeonium manriqueorum*) supondrá una excusa ocasional para intentar adentrarse en la historia botánica de este territorio lávico.

El caminante observador percibirá inmediatamente la cobertura progresiva de las coladas por especies xéricas como las tabaibas (*Euphorbia obtusifolia*) y el cardón (*Euphorbia canariensis*), símbolo vegetal de Gran Canaria, deleitándose ante algunos ejemplares de enormes dimensiones en este paraje que le harán recordar el uso que hicieran los aborígenes de su látex tóxico para pescar embarbascando charcos costeros. Además de la aparición invasora de las vinagreras (*Rumex lunaria*), irá también descubriendo en aislados rincones pinceladas relictuales del bosque de influencia termófila que cubriera gran parte de este suelo al terminar su actividad eruptiva, y que aún perdura hacia el noroeste en el gran campo de picón de Bandama y el Monte Lentiscal, sustrato que proporciona mayor humedad y oxigenación a estas especies arbóreas. Todavía puede el caminante encontrar dentro de este espacio natural teldense, donde

en general la capa de piroclastos es menos gruesa, además de la altiva palmera canaria, algunos ejemplares de lentisco (*Pistacia lentiscus*) y de almácigos (*Pistacia atlantica*), como ocurre en el entorno de Hoya Niebla.

Sin embargo, quizá sea una mancha de acebuches (*Olea europaea cerasiformis*) en las laderas del barranco de Las Goteras, cuyo topónimo rezuma humedad, el mejor exponente actual de la densidad forestal que llegara a tener toda el área antes de la conquista de la isla, y que, como ejemplo localizado, aún podrá descubrir el caminante en el interior de La Caldera de Bandama, cuya visita, obviando los límites geográficos municipales, se hace lógicamente aconsejable.

No debería ignorar el caminante la importancia histórica de la madera de estos bosques en el siglo XVI, cuando Telde contaba con importantes ingenios azucareros que consumían gran cantidad de leña como combustible para elaborar los jugos, y, por lo tanto, ha de suponer que la tala abusiva que entonces se llevara a cabo ha sido también un factor importante en la pérdida de la antigua masa forestal que manchaba este suelo lávico.

Lamentará, a buen seguro, el caminante naturalista el impacto ocasional en el paisaje de algunas escombreras y sobre todo de las extracciones de picón que han destrozado tanto a algunos volcanes como a sus emplastes de lava.



La inflorescencia amarilla de un campo de hierbas punteras (*Aeonium manriqueorum*) define un nuevo paisaje botánico de este espacio natural.

Deseará entonces que se detengan las mismas, que se recupere el perfil de las montañas alteradas y que, acaso así, sea posible el sueño de la recolonización botánica del espacio.

Con todo, no perderá la íntima sensación de encontrarse ante un paisaje marcado por la fantasía tricolor del piroclasto: negro, grana y ocre pintan este ardiente lienzo de malpaíses por donde deambulan solitarios y enormes lagartos que, ante la proximidad de los pasos del caminante, huyen a esconderse entre las secas euforbias. Algunas casas antiguas, de tejado a dos aguas, abandonadas en el paraje le devolverán la presencia humana en el paisaje, que acaso tenga una manifestación etnográfica singular en la ocupación agrícola de los sedimentos coluviales de Hoya Niebla.

Quizá tenga también la fortuna el caminante de descubrir en algún agujero abierto en los taludes de picón que han dejado las extracciones el nido ocasional donde una pareja de polluelos de cernícalos espera las primeras lecciones de vuelo. Luego verá la cernida de sus padres oteando posibles presas desde el aire, y el remonte de las aguilillas sobre La Caldera y el barranco de Las Goteras, que acaso le hagan imaginar el vuelo o la caza, calándose desde gran altura, del halcón peregrino, citado en otro tiempo por estos escarpes.

Una de las mejores formas de acabar la jornada de senderismo volcánico por este espacio natural la encontrará el caminante en la cima de la montaña de La Cruz de La Gallina, donde la gran cantidad de escorias volcánicas que cubren el suelo sirvieron en otro tiempo para la construcción de una singular nerópolis aborígen cuyos restos arqueológicos se han conservado parcialmente hasta nuestros días.

Después de tan sorprendente itinerario, que pudiera extenderse también al reconocimiento integral del barranco de Las Goteras, posiblemente se convierta para el caminante todo el malpaís de Jinámar en un paraje donde descubrir la evolución reciente no sólo del suelo, sino también de la historia del hombre insular.

VII

LOS ARENALES DE TUFIA



El campo dunar fósil de Tufia se levanta sobre un acantilado de basalto cuya oxidación en algunos tramos abre un bello paisaje de contrastes con el mar de fondo.

Tufia, incluso en su toponimia, rezuma las esencias de lo antiguo. El poblado del guaire aborigen Taufia permanece enhiesto aún, piedra sobre piedra, sin argamasa, coronando una pequeña península acantilada de la que también cuelgan oquedades todavía utilizadas como viviendas. Pronto advierte el caminante que la visita a este interesante conjunto arqueológico se convierte, en sí misma, en una apasionante aventura cultural.



En un desesperado intento por sobrevivir sobre un sustrato hostil, los escasos ejemplares de la piña de mar (*Atractylis preauxiana*) que crecen en Tufía buscan las grietas del caliche para extender sus raíces.

Sin embargo, hemos de considerar el espacio natural costero de Tufía en su totalidad. En una extensión aproximada superior al medio centenar de hectáreas, que delimitaremos al norte y al sur con dos recoletas playas de arenas rubias conocidas con los hermosos nombres de Aguadulce, históricamente unida, según el presbítero teldense Dr. Hernández Benítez, a un manantial desaparecido que brotaba en el lugar, y Ojos de Garza, ecológicamente marcada por el recuerdo de las aves zancudas que en grupo acudían a revolver el limo del fondo de la laguna que se formaba en la

desembocadura de su barranco. Aún hoy se advierte ocasionalmente la presencia de alguna garza merodeando por los charcones de los alrededores a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde.

Desde el primer momento, si nos aventuramos en el espacio desde el istmo que une el espectacular Morro de Tufía a la costa, apreciaremos fácilmente, sobre todo en primavera, que estamos ante un paisaje abierto, modelado sin prisas por los fuertes vientos predominantes del noreste. Esto permite un espectáculo curioso: a ambos lados del istmo se forman playas, apacibles calas en forma de concha, con la particularidad de ser la de barlovento (Aguadulce) de arenas organógenas (rubia), que se extenderán desde aquí para cubrir todo este espacio natural, al igual que las costas cercanas de Gando y Arinaga, y ser la de sotavento (la habitada Tufía) de arenas lávicas (negra). Conviene, no obstante, precisar que antiguamente ambas eran de arena volcánica.

Puede observar entonces el caminante que sobre un sustrato de materiales basálticos, paleoacantilados de hasta treinta metros de altura, la geomorfología del espacio se va definiendo, como ya se ha indicado, por la acción eólica: las arenas procedentes de las playas son transportadas hasta estas alturas, formándose un campo dunar, lineal y fósil, de posible datación pleistocénica, combinado con llanuras aluviales cuaternarias. Surge así ante sus ojos la imagen clásica del desierto. Un paisaje cercado en un espacio escaso que tampoco ha



Entre febrero y noviembre la pardela cenicienta (*Calonectris diomedea borealis*) suele buscar su hura en los acantilados de Tufía y Malpaso cuando se acerca a la costa de Telde para criar. Hasta hace unas décadas se organizaban también en este municipio cacerías nocturnas en busca del plumón y las grasas de los ejemplares jóvenes. Afortunadamente hoy esa actitud ha cambiado y se llevan a cabo campañas de protección a los primeros vuelos.



podido escapar a la tiranía del tiempo, donde se acumulan molécula a molécula las masas de arena que han incorporado otros organismos desintegrados también por la inclemencia del viento. Nada ha de ocultarse entonces a su atención en este paraje aparentemente yermo, ni siquiera esa maravillosa sensación de vacío que despidе todo el paisaje colgado sobre el océano bajo un cielo infinito y protector.

A poco que se fije el caminante irá descubriendo el mundo plural de la arena. Por una lado, algo común a la costa oriental de la isla, se aprecian areniscas calcáreas cementadas, auténticas rocas calizas, ricas en carbonato cálcico o calcita. La calcinación en hornos de estas rocas, popularmente conocidas como «caliches», supuso en otra época una importante actividad industrial para la zona (de hecho cerca de aquí existe un lugar llamado El Calero). Aún hoy, como testimonio etnográfico de un pasado no demasiado lejano, se pueden observar, sobre la misma playa de Aguadulce, los restos semiderruidos de uno de estos hornos de piedra y barro. Por otra parte, se aprecian también otras capas de arenas con abundantes depósitos fosilíferos de fauna malacológica (especialmente gasterópodos y «patellas»). Asimismo, en la trasera del campo dunar, debido a las actividades extractivas que se han llevado a cabo en la

zona, han aflorado multiformes estructuras de areniscas alveoladas por el viento y por algunos invertebrados.

Sin embargo, este paisaje, aparentemente desolador y desértico, volverá a sorprender al caminante con un bello manto de piroclastos basálticos de acentuado color rojizo, que delatan el proceso de oxidación y meteorización por la acción del agua y del viento que han sufrido estas rocas originalmente negras. Las grietas abiertas por las escorrentías y la presencia de la flora costera le han dado a este bello rincón el nombre de Los Rajones del Salado.

Lógicamente, un suelo costero de estas características exigirá una vegetación capaz de crecer sobre el sustrato arenoso y de soportar un alto grado de salinidad, botánicamente conocidas como plantas psamófilas y halófilas. Sin duda alguna, dos especies destacan en el lugar por su fragilidad ecológica. Se trata de dos endemismos raros y en peligro de extinción, que sólo se encuentran en la Isla en esta franja costera oriental: el chaparro (*Convolvulus caput-medusae*) y la piña de mar (*Atractylis preauxiana*), esta última con escasos ejemplares muy localizados en este sitio.

Y es que el caminante que verdaderamente quiera adentrarse en este espacio no puede dejar pasar la ocasión de ir descubriendo cómo la flora intenta



La arenisca descubierta en los campos dunares traseros forma esculturales paisajes desérticos donde afloran yacimientos de fósiles malacológicos.



Al norte del istmo de la península de Tufia se forma la hermosa Playa de Aguadulce. En lo alto de la atalaya basáltica coinciden las recientes viviendas autoconstruidas con los vestigios conservados del antiguo poblado aborigen.

adaptarse a la falta de agua de este suelo. Así irá adivinando tallos y hojas carnosos, recubrimientos pilosos, espinas en vez de hojas, raíces profundas para buscar el agua subterránea y raíces extendidas para acaparar el agua de lluvia. Descubrirá así también cómo actúa la hierba tratando de fijar las dunas. Salpicada uniformemente sobre una ladera del arenal podrá observar una preciosa colonia de higuierillas o lecheruelas (*Euphorbia paralias*), cuyo látex lechoso, a pesar de ser una herbácea perenne, delata su parentesco con tabaibas y cardones. Verá abundantes aulagas (*Launaea arborescens*) que, a buen seguro, servirían de combustible para el viejo horno de cal, uvillas (*Zygophyllum fontanesii*), camelleras (*Heliotropium ramosissimum*) y espinos de mar (*Lycium intricatum*), así como ejemplares aislados de la samera o tomillo marino (*Frankenia laevis*) o del azafranado corazoncillo (*Lotus leptophyllus*) tapizando puntualmente los piroclastos superiores. Coronando alguna duna trasera, un endemismo costero, el salado dama (*Schizogyne* sp.), desplegará ante los entusiasmados ojos del caminante la hermosa primavera de su floración amarilla.

De cuando en cuando, la inquieta avifauna costera llamará su atención con algún graznido o trino. Verá planear sobre su cabeza, leve como una pluma, a la gaviota argéntea (*Larus argentatus atlantis*), ya sean ejemplares adultos o jóvenes, y escapar asustados a un pequeño grupo de chorlitejos (*Charadrius*

dubius curonicus) o al escandaloso zarapito trinador (*Numenius phaeopus*). Adivinará la presencia de la paloma bravía (*Columba livia canariensis*) realizando vuelos cortos entre los huecos de los acantilados, y, en primavera o verano, es probable que al caer la tarde pueda ver también alguna pardela cenicienta (*Calonectris diomedea borealis*), que haya abandonado temporalmente su vida pelágica para nidificar y criar a sus polluelos en los paredones basálticos. También es frecuente en verano ver alimentándose de insectos en pleno vuelo acrobático al migrador vencejo pálido (*Apus pallidus*).

Al acabar su ruta, el caminante, después de una detenida visita que no debiera llevarle más de tres horas, habrá podido descubrir que Los Arenales de Tufia conforman un ecosistema de alto valor paisajístico, arqueológico, geológico y botánico de necesaria protección. Un ecosistema frágil de gran hechizo capaz de devolvernos las distintas miradas del pasado insular. Un espacio, en definitiva, donde detenerse para hacer una lectura del tiempo en la vida del hombre y de los elementos.

VIII

EL BUFADERO DE LA GARITA





La espuma desbordada de las grandes mareas de fondo forma espectaculares y breves cascadas al caer en el interior del Bufadero.

Al sur de la playa de La Garita, la que antaño fuera conocida como Puerto de la Madera, de indudable importancia junto a Melenara y Gando en el tráfico marítimo comercial en los primeros siglos posteriores a la conquista de la isla, el caminante se encuentra con un espacio costero de unas tres hectáreas de extensión, que recoge en su espectacular geomorfología la belleza cambiante de la plataforma lávica cuaternaria que define el litoral del este de la isla, desde la desembocadura del Barranco Real de Telde hasta la Bahía de Arinaga.

El descubrimiento del paisaje del basalto constituye el mayor atractivo geológico de todo este acantilado bajo, que va desde el área que marca el dique o farallón del Barranquillo y El Corral de Las Yeguas, donde se hace evidente la dinámica de la abrasión marina en el retroceso de la línea de costa, hasta la rasa intermareal que se extiende por la franja septentrional de la playa de La Hoya del Pozo.

Lo primero que debe tener en cuenta el caminante que pretenda adentrarse en este espacio natural es que el basalto es una roca magmática, no sedimentaria, es decir, que tiene su origen en las profundidades terrestres. La lava emerge por fisuras, no por erupciones, y a gran temperatura. De hecho, puede decirse que sale fundida al exterior y luego sufre un rápido enfriamiento al entrar en contacto con la atmósfera. La colada basáltica, nombre con el que se conoce a esta marea de lava extendida, al enfriarse se contrae y a menudo forma columnas verticales, principalmente de cinco caras.

Todo el conjunto de la pequeña ensenada que lleva el hermoso nombre del Corral de las Yeguas es un claro ejemplo de ese paisaje de lava plural, fundamentalmente dependiendo de la temperatura a la que haya emergido. La parte trasera se configura como una especie de tempestad de piedra, un espejo del oleaje solidificado, donde el caminante, al mismo tiempo, puede observar las cavidades producidas por las burbujas de gas en las coladas de lava. A medida que se vuelca sobre el mar se perfilan las columnas poligonales estructuradas a nivel en promontorios o precipitándose hacia el fondo arenoso. Lógicamente,

Este espacio natural ofrece la posibilidad de descubrir el perfil multiforme del basalto; figuras modeladas por un enfriamiento líquido o columnas prismáticas como las del Corral de las Yeguas.



como ya se indicó, aquí también se aprecia el efecto de las distintas formas de erosión, principalmente de la marina.

Uno de los biotopos más interesantes que acoge esta plataforma lávica es el charco. De hecho, al sur del Corral de Las Yeguas se encuentra el Charco del Cura, alargado y semejando el molde de la obra muerta de un barco. Este charco debió formarse por el gran desgaste sufrido por una capa de roca blanda que pudo quedar entre dos capas de roca más dura. El caminante tiene la oportunidad aquí de descubrir la fascinante ecología del charco: un mundo en miniatura sujeto a condiciones extremas, donde animales y plantas especializadas intentan resistir por igual la insolación o la inundación cíclica de las mareas. Incluso parte de este enorme charco está formado por un blanquizal, roca pobre en elementos, como consecuencia de la presencia en el mismo del negro erizo cachero (*Arbacia lixula*), que comparte grietas con el multicolor erizo común (*Paracentrotus lividus*), lo que induce a ratificar la tesis científica que no quiere dar la responsabilidad exclusiva de la formación de blanquizales a la eriza de púas largas de Lima (*Diadema antillarum*).

Sin embargo, este espacio natural de la costa de Telde está definido por la belleza espectacular del Bufadero. El mar y la lava se abrazan aquí en nupcias irrepetibles. Todo el empuje del océano se cuela por una amplia abertura en



El mar comprimido en este recipiente lávico proyecta un surtidor de agua a gran altura a través de un pequeño orificio abierto en el techo.



La verongia (*Verongia aerophoba*) es una especie de esponja de tubos aislados con orificio terminal abundante en el interior y fuera del Bufadero.

la roca submarina, comprimiendo el aire hacia el techo de esa pared hasta que, por un orificio o respiradero perforado en el mismo, surge el «bufido», una especie de surtidor que llega a alcanzar fácilmente los cinco metros de altura. En el interior de este interesante elemento geomorfológico, que llega a tener hasta diez metros de diámetro y ocho de profundidad, se abren una serie de pasadizos sumergidos que lo conectan con otras dos oquedades verticales situadas a ambos lados de la mayor. En ocasiones, con el mar re-

lativamente en calma y la marea muy baja, el caminante puede llegar a escuchar el jadeo del gran azul entre las cavidades rocosas. Otras veces, con las grandes mareas de fondo, verá la furia desbordada de la espuma sepultando temporalmente el manto lávico para instantes después recogerse hacia el interior del gran agujero formando hermosas cascadas momentáneas por sus paredes.

El Bufadero también es un espectáculo geológico sumergido. Por su borde se aprecia fácilmente el desplome de las columnas basálticas, a veces en una perfecta imbricación escalonada que se entierra en el lecho arenoso, y otras, como ocurre en su fondo norte, formando un sorprendente suelo plano con todas las columnas prismáticas a la misma altura. Adheridas a las paredes submarinas, como queriendo completar toda esta fantasía costera, aparecen los primeros animales: briozoos, crustáceos, moluscos, equinodermos, aguavivas o anémonas.

El interior de este pequeño refugio del mar en la lava es sobre todo un bello jardín de esponjas, esos animales que parecen plantas, que antiguamente fueron consideradas espumas marinas solidificadas, y que en realidad son simples estaciones hidráulicas vivientes. Porque son las esponjas, esencialmente filtradoras, las que impregnan de un vivo y cambiante colorido las geométricas paredes del Bufadero: la amarillenta verongia (*Verongia aerophoba*), la gris y gruesa ircinia (*Ircinia* sp.), la malva petrosia (*Petrosia ficiformis*) o la rojiza y extendida batzella (*Batzella inops*) que, entre otras, tapizan junto a algunas algas este lienzo natural de basalto, por donde también se mueven las medrosas



La disyunción columnar se aprecia aún mejor en las paredes submarinas del Bufadero.

barrigudas. Cabe asimismo destacar, dentro de la escasa pero variada fauna ictiológica que puede observarse en este complejo de túneles sumergidos, la presencia de algunos peces de grandes ojos adaptados a los ambientes oscuros, como es el caso de la solitaria catalufa (*Heteropriacanthus cruentatus*), que mancha de blanco su cuerpo rojo cuando se siente amenazada, y el pequeño alfonsito (*Apogon imberbis*), cuyo macho incluso puede ocasionalmente ser visto incubando los huevos en el interior de su boca.



Aunque pudiera resultar paradójico, la mejor forma para que el caminante acabe la entretenida visita a este espacio natural es sentado junto al Bufadero, presenciando cómo la maresía humedece ocasionalmente la zona supralitoral, donde habitan miríadas de pequeños gasterópodos y donde la escasa vegetación costera, compuesta fundamentalmente por algunos salados y uvillas de mar, recibe agradecida este rocío marino. Desde aquí descubrirá una amplia rasa intermareal que constituye un posadero crucial para la avifauna costera.

No será, por ejemplo, difícil observar a una docena de inquietos chorlitejos (*Charadrius* spp.) sobre las rocas o agrupados en cortos vuelos a ras del mar. Verá al zarapito trinador, a la grácil garceta (*Egretta garzetta*) metiendo sus patas amarillas en los charcos y saltando a cada ola, o a parientes de superior tamaño como la garza real (*Ardea cinerea*) y, aunque en contadas ocasiones, a la estilizada espátula de pico aplanado (*Platalea leucorodia*). También, en épocas determinadas, se puede ver descansando en este lugar al charrán común

(*Sterna hirundo*), o sorprenderlo en lanzamientos en picado sobre el mar cercano durante su acrobática pesca. De cualquier forma, el caminante ha de entender que la variedad de especies y número de aves que aquí se pueden observar, que no son pocas, están muy condicionadas por la mayor o menor presión humana y, sobre todo, por las migraciones estacionales.

El acondicionamiento de un paseo en la zona alta de este bello rincón natural, que reclama mayor protección legal, brinda al caminante una oportunidad distinta y cómoda de redescubrir permanentemente toda la aventura vital de un paisaje cincelado por la furia del mar y la lava.

IX

EL MAR DE LAS PUNTAS Y LOS ROQUES



La costa de Telde recibe cada día la fantasía cromática del amanecer. Las primeras horas de la mañana son, por lo tanto, un momento ideal para contemplar bellas estampas marinas como la que componen los roques de Taliarte.

Más allá de las hermosas e históricas playas y calas que forman el litoral del municipio, desde Jinámar hasta Gando, existe también un Telde bajo el mar, un pedazo de isla sumergida que igualmente contiene una interesante serie de valores ecológicos y paisajísticos.

La primera aproximación al mar de Telde debe hacerla el caminante desde la propia costa, por ejemplo observando cómo la denominada Corriente de Canarias baña este litoral, también influenciado por otras corrientes de marea, y cómo se refresca, meteorológicamente hablando, con los vientos alisios que la acarician desde el noreste.

Ya en su recorrido paralelo al horizonte descubre el caminante que, en la inmensa fortuna de este paisaje costero jalonado de playas de cantos rodados, arenas volcánicas y fósiles, farallones lávicos y abruptos acantilados cuyas oque-

dades y atalayas fueron lugar idóneo para los primeros asentamientos de nuestros aborígenes, como en Malpaso y Tufía, o de rasas intermareales, tiene Telde también anclados mar adentro una serie de isletas o roques que son por sí solos auténticos paraísos ecológicos.

Sin embargo, la gran aventura de los roques y las puntas o pequeños cabos de este municipio está oculta en su naturaleza submarina. Por lo tanto, deberá el caminante estar dispuesto a una inmersión en las aguas de este trozo del Atlántico sonoro si verdaderamente quiere escrutar en su totalidad la magnitud del paisaje de Telde, completando así un interesante itinerario que le habrá podido llevar desde las altas cumbres que perforan las nubes hasta la animada geomorfología del basalto sumergido.

Será entonces cuando el caminante, ahora buceador decidido, profane estos santuarios marinos para empezar a descubrir, por ejemplo, un fantástico mundo de cuevas, túneles y pasadizos sumergidos en las isletas que emergen en la prolongación del sistema deltario que forma la desembocadura del Barranco Real, que en este tramo se denomina Bocabarranco. Al adentrarse en su impresionante oscuridad iluminando sus rincones aparece pronto un mundo de ejemplares enormes de las más diversas especies: el medroso mero (*Epinephelus guaza*), esperando quizá en su cubil la oportunidad de succionar alguna de sus



Las gorgonias son antozoos coloniales que se fijan sobre sustratos rocosos sometidos a fuertes corrientes marinas, como ocurre en los fondos de Taliarte.



El roque de Gando es un sitio de interés científico protegido en todo su perímetro.

presas favoritas o presto a desaparecer de un fuerte coletazo ante la más mínima señal de alarma, otros serránidos como el abade (*Mycteroperca rubra*) nadando en grupo o la cabrilla (*Serranus atricauda*), y especialmente las grandes morenas negras (*Muraena augusti*), los muriones (*Gimnothorax unicolor*) y los congrios (*Conger conger*) de ágil serpenteo. Grandes pulpos (*Octopus vulgaris*) aparecen también en este escenario mimetizados con el entorno.

Es éste, por lo tanto, un lugar ideal para apostarse a la entrada de cualquiera de estas majestuosas bóvedas submarinas y dirigir la mirada hacia los claros luminosos que permiten las grietas del techo, observando el fantástico desfile a contraluz de los grandes peces que en estas cuevas se sienten ajenos a cualquier amenaza exterior. El buceador más avezado tiene también la oportunidad de realizar aquí una inmersión nocturna que puede convertirse en una aventura apasionante, sobre todo si llega a toparse con algún escualo, como la espectacular cuernuda o tiburón martillo (*Sphyrna rigaena*) y (*S. lewini*), frecuente durante las calientes aguas estivales, o el cazón (*Mustelus mustelus*) algo más esquivo. Otro cartilaginoso, el chucho negro (*Dasyatis pastinaca*) es también de fácil observación inmóvil sobre el sustrato arenoso.

De vuelta a la costa, las ruinas del poblado aborigen de La Restinga, que yacen sobre un pequeño promontorio frente a los roques, delatan con sus concheros de *patellas* la estrecha relación de los habitantes prehispanicos del

lugar con el mar y, al mismo tiempo, sirven de excusa al caminante para realizar pequeños senderos ecológicos, geológicos o arqueológicos por los alrededores. Uno hacia el norte, cruzando una bella playa protegida por una barra o arrecife de arenisca, para, tras sortear una hermosa colonia de balancones (*Traganum moquini*), que sólo vuelve a encontrarse en la isla en Maspalomas, adentrarse ya en la capital, al norte de la playa de Jinámar, y descubrir, dispersa sobre sedimentos eólicos y encarando la maresía, la frágil presencia de un endemismo exclusivo del lugar, una leguminosa de flor azafranada de la que quedan pocos ejemplares y que se conoce por corazoncillo o hierbamuda (*Lotus kunkelii*). El otro itinerario es hacia el sur, tras una breve escala en el recuperado yacimiento del Llano de las Brujas, hasta donde se dibuja el perfil acantilado de Malpaso, donde cuelgan unos graneros o silos aborígenes de gran interés por su cercanía al mar.

Más al sur, la prolongación de la franja meridional de la playa de San Borondón, conocida por La Reina Mora, acaba en la llamada Punta de La Mareta o de Las Salinas, cuyos escasos vestigios permiten aún recrear todo aquel proceso industrial vinculado al océano: el agua del mar entraba desde amplios estanques en los cocederos hechos de tierra y bordeados de *callaos*, para luego evaporarse por la acción del sol hasta que cristalizaba la sal, que se amontonaba en los bordes hasta que en *carruchas* se trasladaba a la caseta para que



Dos enigmáticas estructuras habitacionales de piedra aparecen semiderruidas y anegadas por los excrementos de las aves marinas sobre la superficie aplanada del roque de Gando.

el agua se escurriera definitivamente. Desgraciadamente, poco queda ya en la isla de aquellos hermosos paisajes etnográficos frescos aún en nuestra memoria.

La plataforma sumergida de esta punta encierra también una animación sorprendente, con diversas especies que pugnan por un territorio rico en grietas y veriles donde, aparte de serránidos o irisados espáridos como el sargo (*Diplodus sargus*), cabría destacar la presencia itinerante de grandes ejemplares de especies pelágicas que suelen bordear este cabo. No

le será difícil al buceador observar ocasionalmente cardúmenes de activos cazadores como el jurel (*Caranx dentex*), la bicua (*Sphyraena sphyraena*) o el pejerrey (*Pomatomus saltator*). A veces, incluso desde la costa, puede verse también el paso apresurado de los delfines o toninas, que completan con gracia el paisaje marino de este rincón de Telde.



Las grietas oscuras de los roques constituyen el nicho ecológico de diversas especies como la catalufa (*Heteropriacanthus cruentatus*).

Siguiendo la singladura hacia el sur, el caminante fondeará necesariamente frente al conocido Rincón del Castellano, junto a Taliarte. Allí, a menos de cien metros de la costa, destacan dos roques unidos al litoral por una baja sumergida de unos tres metros de profundidad y también unidos entre sí, hasta el punto de que la marea baja permite observar un bello jardín de algas pardas del género *cystoseira*, donde gustan esconderse el pez romero (*Centrolabrus trutta*) y el cangrejo blanco (*Plagusia depressa*). Es éste un lugar de gran interés ictiológico, por su alta diversidad específica, habiéndose encontrado incluso en los últimos años alguna familia de peces no citada anteriormente en Canarias. Por otra parte, la presencia de varios barcos hundidos, destrozados por el oleaje y colonizados por erizos, algas, peces, moluscos, gusanos y poliquetos errantes, supone un valor añadido a esta reserva faunística submarina. Pero, sin duda alguna, al noreste del mayor de los roques y a unos veinte metros de profundidad, el buceador admirará la auténtica maravilla de este espacio: un hermoso jardín zoológico formado por gorgonias rojas (*Lophogorgia ruberrima*) y amarillas (*L. viminalis*), que danzan al ritmo de las corrientes al tiempo que intentan alimentarse del plancton que puedan atrapar los pólipos de sus ramas.

Por último, al sur de la franja de litoral del municipio, el caminante alcanza la famosa Punta de Gando, que guarda una hermosa bahía, otrora histórico puerto insular donde incluso fondeara su nao Cristóbal Colón. Además de la importancia edáfica y botánica de esta punta, actualmente terreno militar, bordeada por bellas playas como la del Ámbar, supuestamente llamada así por ser lugar de frecuentes varamientos de cetáceos que dejaron ver su *esperma* derramada sobre la arena, cabe destacar la presencia junto a ella del mayor de los roques de Telde.

El Roque de Gando, un centro de emisión basáltica erosionado, de casi veinte metros de altitud, correspondiente probablemente al cuaternario medio, se erige aislado en el mar reforzando su leyenda con el asentamiento sobre su terraza plana de dos estructuras pétreas de probable origen prehispánico. Si bien su vegetación es escasa, compuesta principalmente de la escarchosa barrilla (*Mesembryanthemum crystallinum*) de la que, reducida a cenizas y compactada con agua, se obtenía la sosa, y del cosco (*M. nodiflorum*), algunos salados lanudos (*Cheneleoides tomentosa*) y saladillos (*Atriplex glauca*), el caminante descubrirá con entusiasmo su importancia faunística. Por una parte, porque aquí nidifica la gaviota argétea y además sirve de descanso o posadero estratégico y seguro para otras aves como pardelas, garzas, garcetas o zarapitos, cuyos excrementos cubren las alturas del roque. Y por otro lado, porque en él también se encuentran algunos reptiles, como la lisa endémica de Gran Canaria (*Chalcides sexlineatus*) y el perenquén (*Tarentola delalandii boettgeri*), que en sus respectivas evoluciones aisladas tenderán a diferenciarse biológicamente, si no lo han hecho ya, derivando en subespecies y siendo, por lo tanto, de gran interés científico.

Abunda también en las paredes del roque el cangrejo moro (*Grapsus grapsus*), que cambia su tono negruzco por el rojo a medida que se seca. Ya en el fondo, empujados por fortísimas corrientes marinas, despliegan cardúmenes de chicharos, caballas, sardinas y bogas el fascinante espectáculo de su sincronización. También podrá ver el buceador, junto a otras especies gregarias, una gran concentración de viejas (*Sparisoma cretense*) al sureste del roque durante la época de freza, entre septiembre y octubre, destacando su dimorfismo sexual, siendo pardos los machos y encarnadas las hembras.

A una media milla náutica de la Punta, el buceador especializado tiene finalmente la oportunidad de descubrir la siniestra belleza de la peligrosa Baja de Gando, de abundantes pesquerías, cuyos fondos son el cementerio marino de numerosos pecios. Sin duda, el más famoso de todos es el vapor trasatlántico español «Alfonso XII», hundido más al sur el 13 de febrero de 1885 con algunos

arcones conteniendo duros de plata destinado a las sucursales del Banco de España en Cuba y Puerto Rico.

Tras tan largo recorrido, imposible de realizar en un sólo día, quizá descubra el caminante la importancia ecológica del litoral, y se dé cuenta que, aún siendo el ecosistema marino uno de los más productivos, se hace necesario también mantener su diversidad biológica, y al mismo tiempo conservar, aunque sólo fuese por su valor paisajístico, sus estructuras geológicas. No ha de olvidarse que nuestro talante es oceánico y que el mar es una parte importante de nuestro patrimonio natural.

EPÍLOGO NATURAL

Creo que, para su evasión, aprovechó una migración de pájaros silvestres.
La mañana de la partida puso bien en orden su planeta.

Antoine de Saint-Exupéry.



Charranes en vuelo.

Andar por cualquier espacio natural impone al caminante un código personal de conducta, sin cuya estricta observación pelagra el legado milenario de toda la aventura vital que ha definido el perfil ecológico de su geografía. Además para estos parajes naturales del Archipiélago, y en consecuencia para los de Telde, se contemplan legalmente algunas restricciones de uso, tales como no conducir vehículos fuera de pistas autorizadas, no causar perjuicios a plantas del Catálogo de Especies Amenazadas ni introducir especies foráneas, no cazar animales no cinegéticos y a éstos cazarlos en época de veda abierta, no perturbar los lugares de apareamiento, nidificación o cría, no acampar en sitios no destinados a tal fin, no hacer fuegos, no tirar o quemar basuras, o simplemente no hacer ruido.

Sin embargo, al margen de restricciones legales, es necesario también adoptar una actitud íntima de respeto e integración con cualquier medio, protegido o no, conociendo la inevitable interrelación de muchas especies, la fragilidad de los distintos ecosistemas y, sobre todo, sintiendo la naturaleza como algo de lo que inevitablemente formamos parte. Sabiendo, en definitiva, que somos una parte temporal del paraje mientras dura nuestra visita, y que acaso sólo deba quedar en él la huella de nuestros pasos en el sendero.

El paisaje y la ecología de los espacios naturales de Telde, por lo tanto, forman parte del patrimonio cultural canario, más allá incluso de su clasificación como monumentos, reservas o simples sitios de interés científico. En ese sentido han de perpetuarse en la memoria colectiva como un referente básico de la condición insular. Algo que, por supuesto, trasciende a la mera interpretación de un ambiente físico.

Telde de Gran Canaria, 1995.

El Bosque de Tara es Telde en su geografía natural, es el eco sostenido de un paisaje plural. Algo así como un bosque indefinido que temporalmente acaricia la poesía de la nieve efímera, los anillos del tiempo en los árboles honorables, el canto permanente de las aguas libres por el barranco, la sombra húmeda de las sendas selváticas, el ardiente silencio de los volcanes recientes, la serena soledad de las estepas del cereal, el frágil encanto de las flores silvestre, la venturosa eternidad de las arenas fósiles o la grandeza azul del basalto en el océano.



Consejería de Turismo del Gobierno de Canarias



M. I. Ayuntamiento de Telde